

# La Ilustración Artística

Año XXI

BARCELONA 16 DE JUNIO DE 1902

Núm. 1.068

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SOCIEDAD DE ARTISTAS FRANCESES. - SALÓN DE 1902

ATENEU DE  
BIBLIOTECA  
MADRID



EMBRIAGUEZ, cuadro de E. Artigue

La monotonía de los largos días, la soledad en el silencio del harén, el tedio de una existencia ociosa, aficionan á la mujer oriental á las sensaciones en que se extingue la voluntad, en que se embota el pensamiento. Entre los vapores grisáceos del perfumador y la fragancia de las flores esparcidas en torno de ella, procurase una especie de embriaguez sutil y refinada, un desfallecimiento del cuerpo, del alma, del espíritu. Abatida en mármoleo asiento, cerrados los ojos, asomando á sus labios misteriosa sonrisa, invadida de languidez voluptuosa, evocará después entre los ligeros vapores incoherentes visiones.



## SUMARIO

**Texto.** — *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *El Gosing (Tradición filipina)*, por Camilo Millán (*Pero Niño*). — *La feria de Córdoba*, por E. Alberto Carrasco. — *El general D. Bernardo Reyes y las maniobras del ejército mejicano*. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *La dote de Pascualina*, novela ilustrada (continuación). — *Monumento erigido en Turín a la memoria del príncipe Amadeo de Saboya, duque de Aosta*. — *Los cañones gemelos*.

**Grabados.** — *Embriaguez*, cuadro de E. Artigue. — *El ángel de la Fe consolando a la Desolación humana*, escultura de José Llimona. — *El guitarrista*, cuadro de Luis Graner. — *La feria de Córdoba. En el mercado de ganados*. — *Calle lateral de buñolerías*. — *Caseta de la Exposición de ganados*. — *Club Guerrita*. — *Méjico. Maniobras militares*. — *D. Bernardo Reyes*, ministro de Guerra y Marina de la República Mexicana. — *Santa Isabel*, cuadro de C. de Spanyol. — *Plancha conmemorativa del jubileo del gran duque Federico de Baden*, modelada por Rodolfo Meyer. — *Monumento funerario*, obra de Emilio Dittler. — *Monumento erigido en Turín a la memoria del príncipe Amadeo de Saboya, duque de Aosta*. — *Cañones gemelos*.

## REVISTA HISPANO-AMERICANA

*La República de Cuba*: Estrada Palma en la Habana: fin de la intervención anglo-americana: la colonia española: el problema económico en relación con la actitud y política de los Estados Unidos. — *La revolución en Santo Domingo*. — *La guerra civil en Venezuela y Colombia*: el canal de Panamá. — *Acuerdo entre Chile y la República Argentina*. — *La mujer española en Indias*.

La Historia consignará en el mes de mayo de este año dos hechos de importancia en la vida de los pueblos españoles; en América, la constitución definitiva del primer gobierno de la República cubana; en Europa, la entrada en mayor edad del rey de España.

Ambos hechos casi han coincidido; el 17 solemne juramento de Alfonso XIII ante las Cortes del Reino; el 20 entrega del gobierno a Estrada Palma como primer presidente constitucional de la República de Cuba.

Aquí y allá, festejos. En la Habana, como en Madrid, diana y bandas de música en calles y plazas, espectáculos públicos y gratuitos, banquetes oficiales al gobierno, a las autoridades y a las representaciones extranjeras, inauguración de estatuas ó monumentos, salves y triduos religiosos, banderas, colgaduras, fuegos de artificio, iluminaciones en todas partes.

El 11 de mayo llegaba Estrada a la Habana. Numerosas embarcaciones salieron a esperarle, y es de notar que entre las banderas de Cuba y de los Estados Unidos y sobre un remolcador que conducía a la comisión del Centro filipino flotaba un pabellón desconocido; era la República filipina que daba la bienvenida al presidente de la República cubana. En el espigón de la Luz esperaban a éste y le recibieron entre aplausos y vítores hermosas doncellas rodeadas de niñas con cestos de flores que iban arrojando al paso del Presidente; representaban a las Repúblicas americanas de origen latino.

El día 20, al amanecer, todas las casas de la ciudad estaban ya engalanadas, todos los buques del puerto empavesados. En el Parque cae de su pedestal Isabel la Católica y se alza en él la estatua de la Libertad. A mediodía cesa el Gobierno interventor, se arría el pabellón de los yanquis y tremola la bandera cubana. Wood entrega a Estrada el gobierno de la isla y una carta autógrafa de Roosevelt felicitándole por haber obtenido la primera magistratura de la República. Después, el Ayuntamiento de la Habana, los Delegados de los demás municipios de Cuba, las Corporaciones oficiales y las fuerzas cubanas se reúnen en la plaza de Armas para despedir al Honorable general Leonardo Wood y sus tropas, acompañándole con bandas de música hasta más allá del Morro en la flotilla del puerto organizada al efecto.

No quedó, pues, Wood en Cuba, según algunos temieron, como tutor ó protector de la República. El *Brooklyn* se lo llevó a sus tierras, y pudo marchar satisfecho, pues la manifestación de despedida fué grandiosa, imponente. La alegría rebotaba de todos los corazones cubanos.

Prosiguieron los festejos en los días siguientes; regatas, procesiones cívicas, concurso de carrozas, festines, bailes, etc. El 21 se puso la primera piedra del Arco del Triunfo en la avenida de la Independencia, nuevo nombre de la avenida de Carlos III.

Desaparecen de la Habana el nombre y la efigie de ilustres reyes de España; los reemplazan el nombre y el símbolo de Independencia y Libertad. Y los españoles de allá no protestan. Residen en Cuba; como los cubanos, quieren que esa República en que viven sea independiente y libre, están dispuestos a cooperar en la política de concordia que proclama Estrada Palma, y la colonia española de

la capital y de todas las ciudades de la isla contribuye a los festejos con sus donativos y con su adhesión personal. En Santa Clara se unen en estrecho abrazo, entre aplausos y aclamaciones, el presidente de la República y el presidente del Centro español; en Colón se engalana el pueblo con los colores de Cuba y de España; en Matanzas, Estrada, Méndez Capote, Freire de Andrade y Betancourt se sientan con los españoles en fraternal banquete bajo las banderas de España.

Pasaron los primeros momentos, en que todo fué regocijo y entusiasmo. Estrada nombró su gobierno y empieza la labor política y administrativa. En el interior, conseguida la concordia entre cubanos y españoles, la tarea no ha de ofrecer grandes dificultades. El peligro está en las relaciones exteriores, principal, mejor dicho, únicamente en las relaciones con los Estados Unidos.

Se ha expresado el temor de que esa potencia pueda exigir a Cuba la compensación de los gastos que ha hecho durante el período en que ha actuado como interventora ó protectora. No es de presumir que a tanto lleguen sus exigencias. La acción de los Estados Unidos contra España y en favor de Cuba se llevó a efecto porque desde los puntos de vista político y económico les convenía expulsar a los españoles de aquella isla y de Puerto Rico. Acometieron la empresa en beneficio propio y la realizaron con fortuna. Si es cierto que Cuba sin el auxilio de los Estados Unidos aún no habría logrado sus aspiraciones, también lo es que sin el concurso activo de los cubanos y pasivo de los portorriqueños, seguro hubiera sido el fracaso de los yanquis en el supuesto de que se hubiesen aventurado a entrar en campaña en tan desfavorables condiciones. Por otra parte, desde el doble punto de vista a que nos referimos, bien compensados se hallan los Estados Unidos con la ley Platt y consiguiente decisiva influencia que así han obtenido en las Antillas y en el golfo de Méjico. Y en último término, ya se han cobrado sus servicios, a costa de España.

Realmente, quien tiene derecho a pedir indemnización es Cuba. Dado el nuevo estado de cosas allí creado, la isla no tiene salida para sus principales producciones. Deberá a los Estados Unidos su independencia, pero también su ruina. La rebaja del 20 por 100 en los aranceles yanquis para los productos cubanos que importan aquéllos nada significa en favor de la reconstitución de la riqueza de Cuba, sobre todo respecto del azúcar y el tabaco. Sin un 50 por 100 de reducción, Cuba, a la que se han cerrado antiguos y buenos mercados, caerá en la mayor miseria, y los hechos entonces darán la razón a los que hoy afirman que la isla no está en condiciones económicas para convertirse en nacionalidad independiente.

El problema económico, en relación con los Estados Unidos, es, pues, el problema más grave que ha de estudiar y resolver Estrada Palma. Se recela que por ese lado vengan los ardides y añagazas del gobierno de Washington.

En Santo Domingo ha triunfado el movimiento revolucionario dirigido por el vicepresidente de la República Vázquez. A principios de mayo las tropas leales al presidente Jiménez, se habían concentrado en Puerto Plata, cuyo gobernador, Deschamps, estaba dispuesto a la defensa. Pero el día 2 capituló la ciudad de Santo Domingo, y derrotadas aquéllas, rindiéronse también Puerto Plata y Montecristi, y los vencidos se dispersaron buscando refugio en los consulados y buques extranjeros. Jiménez ha renunciado sus derechos, y se ha constituido gobierno provisional bajo la presidencia de Horacio Vázquez.

Confusas y contradictorias son las noticias que nos llegan de Venezuela y Colombia. En una y otra República, cuando las fuerzas rebeldes parecen vencidas, se las ve rehacerse y tomar posiciones ventajosas contra los respectivos gobiernos. Pudiera creerse que hay mano oculta que las ampara, valedor generoso que las proporciona recursos con deliberado propósito de impedir que se restablezca la paz en esos países.

Castro, presidente de Venezuela, obtiene del Congreso plenos poderes para combatir a los revolucionarios; Matos, el jefe de éstos, nombra gobierno provisional; Marroquín, en Colombia, hace esfuerzos extraordinarios para rechazar las continuas acometidas de Uribe; los partidarios de éste, expulsados del interior del país, mantienen la guerra en Panamá, y entretanto se paralizan ó aplazan obras y proyectos de importantísimas líneas de comunicación en Venezuela, tales como los ferrocarriles del golfo de Maracaibo a Barquisimeto y de Barranquitos a las

llanuras de San Ignacio, obras que habrían de atraer numerosos inmigrantes, y aumentan las dificultades para construir el canal de Panamá sin intervención de los yanquis, como conviene a Colombia y desea su actual gobierno.

No está aún resuelta en Washington de modo definitivo la cuestión del canal. En la comisión del Senado hay una minoría respetable que hace valer todos los argumentos a favor del Panamá, y pide que los Estados Unidos adquieran de la Compañía francesa derechos, acciones, material y obras. Colombia, de acuerdo con entidades financieras de Europa y de América, procura formar nueva compañía para construir ese canal que cruza su propio territorio. No ha mucho, una importante publicación de Barcelona, *Los Negocios*, pedía una acción común de España y las Repúblicas hispano-americanas para constituir sociedad que construyera el canal, y recomendaba el asunto al estudio de «los nobles patriotas que tienen hoy a su cargo el gobierno de la nación.» Seguro puede estar el mencionado periódico de que a los nobles patriotas que nos gobiernan no les ha de preocupar tamaña empresa; más podría valer, ciertamente, la asociación de bancos, sociedades y banqueros españoles é hispano-americanos, que también solicita, para llevarla a cabo. ¡Qué adecuado empleo tendrían aquí, por ejemplo, los capitales de ese Banco hispano americano que funciona en Madrid!

De Chile y la Argentina hay buenas noticias. Para tratar del desarme parcial en ambas Repúblicas han tenido varias conferencias en Santiago el presidente Riesco, el ministro de Asuntos extranjeros Vergara y los ministros representantes de la Gran Bretaña y de la República Argentina. Los resultados de estas entrevistas han sido bien satisfactorios. Conviene las dos Repúblicas en limitar sus fuerzas navales y en someterse a un tratado de arbitraje que impida toda apelación a la guerra. En consecuencia, argentinos y chilenos hacen alto en sus gastos para aprestos bélicos, y anulan acuerdos anteriores para adquisición de material de guerra y de acorazados y cruceros.

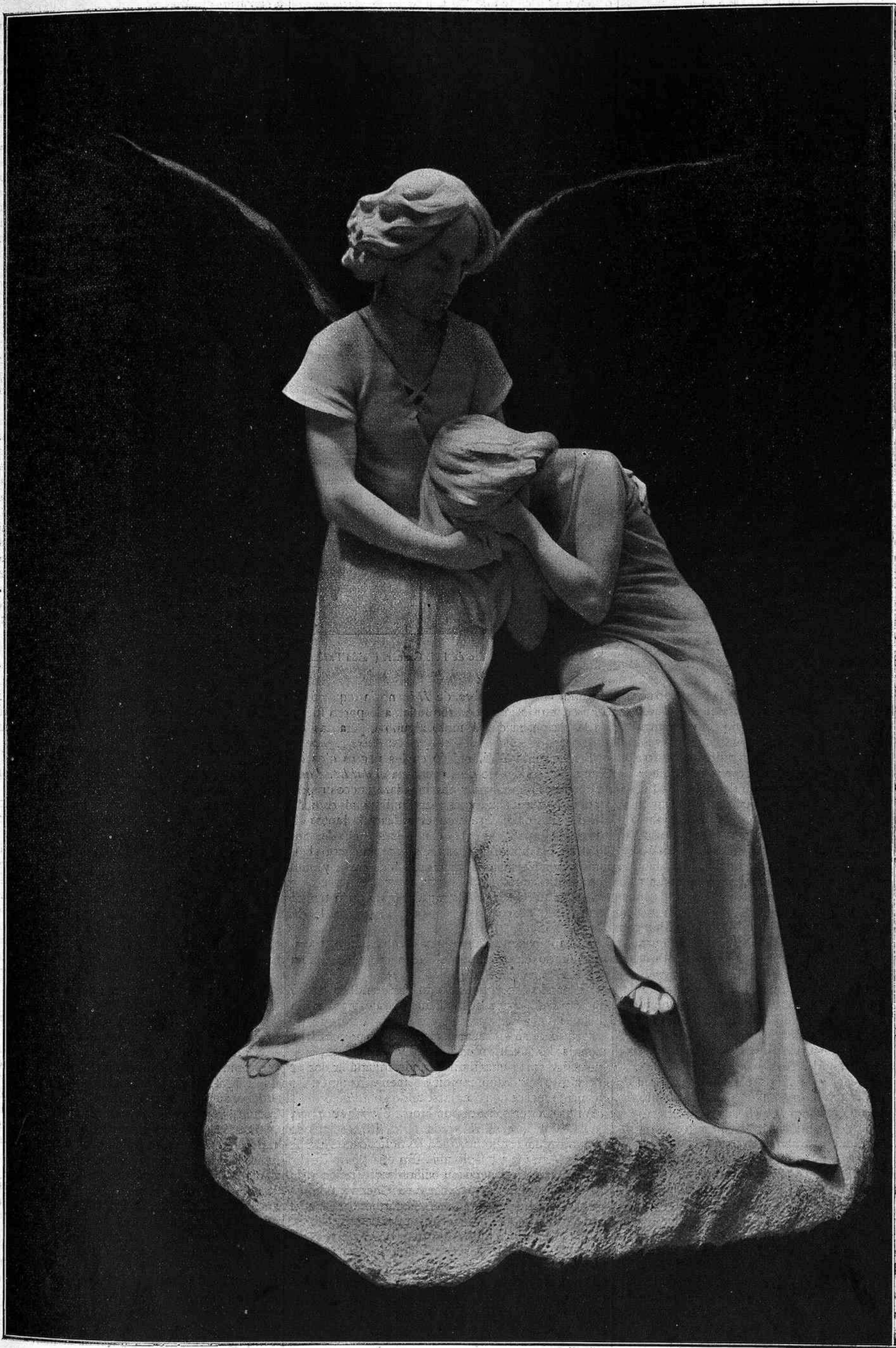
Muy de desear es que estos convenios sean definitivos y pongan fin a rivalidades que desde hace ya tantos años impiden la buena amistad entre las dos Repúblicas más poderosas del Sur de América, y cuya cordial inteligencia tanto habrá de beneficiar a sus respectivos intereses y a los de la raza latina en el Nuevo Mundo.

En el primer día de este mes de junio hubo solemne sesión pública en la Real Academia de la Historia. Se adjudicaron los premios concedidos a la virtud y al talento, y se leyó un precioso y original estudio redactado por el Secretario perpetuo de la Corporación y presidente de la Sociedad Geográfica D. Cesáreo Fernández Duro. El ilustre y doctísimo historiador y geógrafo, que a las cosas de América ha dedicado mucha parte de su extraordinaria labor científica y literaria, nos ha ofrecido ahora un hermoso cuadro de «La Mujer española en Indias.» En la época de nuestras grandes aventuras apenas hubo jornada militar, empresa larga ó corta, llana ó peligrosa, en que la mujer española no tomara parte. Viajeras y navegantes audaces, caudillas esforzadas de tierra y mar, gobernantes y políticas hábiles, de todo hubo en América y en Oceanía. María de Estrada hace maravillas con espada y rodela en la salida de Méjico y en la batalla de Otumba; María de Nidos reclama para las mujeres el derecho de defender la ciudad de la Concepción que los hombres abandonaban; Lorenza de Zárate pretende ponerse al frente de los vecinos de Panamá para rechazar a los piratas ingleses; la virreina María de Toledo gobierna las Antillas con poder de su marido el almirante D. Diego; Juana de Zárate obtiene título de adelantada de Chile; Isabel Manrique y Aldonza de Villalobos son gobernadoras de la isla Margarita; Beatriz de la Cueva rige a Guatemala por elección del cabildo; la mujer de Hernando de Soto gobierna la isla de Cuba; se concede a Catalina Montejó el adelantamiento de Yucatán, y una española es la única almiranta efectiva que ha habido en el mundo, Isabel Barreto.

Aquellos españoles para quienes — según escribe un moderno pensador francés, Chevalier — no había obstáculo en los ríos, en las montañas ni en los desiertos; que, juntos unos cuantos, creaban escuadras, conquistaban imperios y discurrían el modo de unir los mares y los climas, y que parecían engendrados por gigantes ó semidioses; aquellos españoles, exclama Fernández Duro, eran... ¡los hijos de tales madres!

R. BELTRÁN RÓZPIDE.





EL ÁNGEL DE LA FE CONSOLANDO Á LA DESOLACIÓN HUMANA, escultura de José Llimona



## EL GOSING (1)

(TRADICIÓN FILIPINA)

Juan y Pedro eran primos hermanos.

Una de esas epidemias que afligen de vez en cuando á los pueblos, arrebató á sus padres cuando apenas contaban aquéllos diez y ocho años de edad.

Pero, al quedar huérfanos, la posición del uno era muy distinta de la del otro.

La fortuna amasada por su abuelo Quicoy en fuerza de inteligencia y de trabajo y transmitida luego por igual á las dos hijas de aquél, Tula y Nengay, no prosperó de la misma manera en poder de ambas.

La suerte, que entra por mucho en la vida de las criaturas, favoreció decididamente á Tula, y los bienes heredados se triplicaron con el tiempo.

Nengay, tan laboriosa é inteligente como su hermana, vió disminuir su capital por circunstancias insuperables, y al morir su esposo en un naufragio en el que perdió además barco y carga, restos de su fortuna, llegó á verse punto menos que en la miseria.

Por eso al quedar huérfanos de madre los dos primos, Juan se encontró poseedor de pingües riquezas, y Pedro se halló atendido á los productos de una pequeña sementera y sin otros elementos de vida que un pobre bahay (2), un carabao y algunos aperos de labranza.

Pero la adversidad no significa siempre la desgracia en las familias, como el soplo de la suerte no constituye en todos los casos la ventura de los hombres.

Juan, criado en la opulencia, no previó nunca la desgracia ni pensó que ésta pudiera sobrevenirle algún día; así es que sólo aprendió á divertirse, á vivir con ostentación y á satisfacer sus caprichos.

Pedro, por el contrario, estimulado por el aguijón de la necesidad y aleccionado por la triste experiencia de sus padres, se dedicó desde niño al trabajo y empleó las horas que éste le dejaba libre en estudiar y adquirir instrucción relativa y conocimientos útiles.

Pasaron cinco años. Pedro y Juan venían á ser de una misma edad: iban á cumplir la de veintidós años. Aquel lustro no había tenido para ambos la misma duración. Esto consiste en que varía la unidad con que medimos el tiempo. No es idéntica la hora de placer á la hora de angustia. No es igual el día de satisfacciones al día de desengaños y de fatigas.

En aquel período, apenas notó Juan el paso del tiempo. En alegres bailes, en continuas enfrentadas (3) y en frecuentes catapúsanes (4), haciendo hoy el amor á ésta y mañana á aquélla sin fijarse en ninguna, su vida avanzaba con la misma rapidez con que su fortuna disminuía. Atento sólo á la satisfacción de sus caprichos y cuidándose poco ó nada de su hacienda, ésta iba desmoronándose rápidamente sin que Juan se diera cuenta de ello.

Pedro, por el contrario, trabajador asiduo é incansable, é inteligente al mismo tiempo, no concedía al reposo y á la expansión más que los días festivos.

Poniendo en práctica los conocimientos adquiridos y utilizando cuantas ocasiones se le presentaron, reconstituyó la hacienda de sus padres sobre la pequeña base que de ellos heredara, y hasta que lo hubo conseguido no se permitió pensar en una compañera con quien compartir los azares de la vida.

No era Narvacán (5) en aquellos tiempos lo que es hoy, pero ya figuraba como uno de los mayores grupos de población de la región ilocana.

Tendido en frondosa vega á corta distancia del mar y no lejos del ancho collado que da ingreso á las abruptas vertientes de las montañas del Abra, so-

bresalía, entre los demás centros de población, por el número y la comodidad de sus viviendas y por el orden y la limpieza de sus calles.

En una de las más céntricas y en la casa de mejor apariencia de la misma vivía Yang, la hechicera Yang (1). Apenas contaba diez y ocho años: alta, morena, elegante y graciosa, era Yang la muchacha más envidiada de las jóvenes, la más obsequiada por los mozos y la más rica del pueblo. Pero Yang era tan juiciosa como recatada, y hasta que Pedro, cono-

táculo; su ruina fué un inconveniente, y por la primera vez de su vida se vió contrariado en sus pretensiones.

Esta contrariedad para quien no estaba acostumbrado á ellas, fué de consecuencias terribles: el carácter voluntarioso de Juan se irritó por todo extremo, y lo que empezó por ser un proyecto de conveniencia, se trocó en cuestión de orgullo y de amor propio ofendido.

Su insistencia se hizo mayor, y á medida que aumentaban los obstáculos, acrecía su irritabilidad.

Y como suele ocurrir siempre, al perder la serenidad de juicio, sus pasos iban de desierto en desierto.

Y en vez de orillar dificultades y de aproximarse á su amada, íbase separando de ella cada vez más.

Una tarde en que cierta familia pudiente celebraba con baile y regocijos el nacimiento de una niña, recibió Juan el golpe de gracia ante los mozos y las mozas del pueblo.

Al invitar á Charing para una danza, fué secamente desairado por ella.

Rugió como fiera herida, y retirándose de la zambra, salió del pueblo sin dirección preconcebida.

Anduvo, anduvo y cuando quiso darse cuenta del sitio en que se encontraba, se halló en la cima de una montaña, á orillas de un tajo de horrible profundidad.

El crepúsculo de la tarde envolvía tristemente valles y alturas; á lo lejos y envuelto, casi, en las sombras, extendíase el mar co-

mo un inmenso sudario. La soledad del sitio, lo imponente de la hora y el furor de la tempestad que rugía en su pecho enviaban olas de sangre desde el corazón á la cabeza del desgraciado Juan.

De pronto y rasgando el silencio que le rodeaba, llegó á sus oídos el eco débil de dulces y alegres carcajadas.

Aquellas risas fueron para Juan un insulto, un sarcasmo en su situación y le hirieron vivamente.

Fijó su vista extraviada en el sitio de donde venía el eco, y á algunos centenares de pasos, á un centenar de varas por bajo del nivel á que se encontraba y en pintoresco oasis, columbró vagamente el *Templo del amor*, que en aquellos momentos era el templo de la felicidad para Pedro y para Yang.

Sordo rugido se escapó de su pecho; mascada maldición brotó de sus labios, y lanzando histérica carcajada, abrió los brazos y se precipitó en el abismo.

Todo el mundo buscaba á Juan por el pueblo al siguiente día.

Su desaparición, atendidas las causas que la habían originado, dejaban presentir una catástrofe.

Súpose por un pastor que la víspera, en las últimas horas de la tarde, había trepado por el monte á corta distancia de la feliz vivienda de Pedro.

Reconocieron con escrupulosidad el terreno, y dieron con su cadáver, completamente destrozado.

Aquella carcajada histérica que lanzó al precipitarse en el abismo, se había prolongado más allá de la muerte, y se conservaba estereotipada en su cadáver.

Pero la pérdida de algunos dientes al chocar contra las puntas salientes de las rocas, la hacía más terrible y más repulsiva.

Sí: al descender en tumbos por las breñas, Juan quedó horriblemente mellado.

Y desde entonces el monte aquel se denomina el monte Gosing; y como si la naturaleza hubiese querido tomar parte activa y trascendental en aquellos acontecimientos y confirmar el bautismo hecho por los vecinos de Narvacán, una conmoción geológica varió luego la forma de la montaña, marcando en su cima las profundas hendeduras que hoy llaman la atención de todo el que las mira desde la tierra ó desde el mar, y que están en armonía con el nombre dado á la montaña.

CAMILO MILLÁN  
(Pero Nuño.)



EL GUITARRISTA, cuadro de Luis Graner. (Salón París.)

cido por el sobrenombre de *Il-ló*, no la requirió de amores, no sintió su corazón inflamado por el fuego de la pasión, ni dió á mozo alguno esperanzas de fortuna.

Pero cuando *Il-ló*, ardido en los negros ojos de Yang, entonó debajo de su ventana el *dal-lot, danio* (2) con voz armoniosa y apasionada, sus ecos repercutieron en su alma y su corazón latió al compás del de Pedro. Desde entonces se les veía juntos en todos los fiestahanes (3) bailando juntos el salamatika (4), y las improvisadas frases que en él cruzaban brotaban de sus labios impregnadas de dulce y amoroso sentimiento.

— ¡Oh, tú!, decía *Il-ló*, ¡vaggak! (5), ¿quién tendrá la dicha de poseer tu hermosura, superior á la de Bugau? (6).

Y ella le contestaba en dulce arrobamiento, transparentando en sus frases el fuego en que ardía su corazón.

Contando con el permiso de Yang, pidióla Pedro por esposa á sus padres, quienes se la otorgaron sin dificultad alguna.

Celoso de su dicha, aceleró Pedro los preparativos para la boda é hizo edificar á media falda de los montes vecinos una lindísima vivienda, á la que se fué á disfrutar la dicha con su amada Yang en los primeros meses de su enlace.

Vivienda que tomó el nombre de *Templo del amor*, con el que aún se recuerda entre los vecinos de Narvacán.

Juan continuaba en su vida de disipación y de abandono. Su fortuna tocaba á su término, y la pobreza batía sus alas tristemente sobre aquel hogar que algunos años antes respirara relativa opulencia.

Juan abrió un día los ojos ante la miseria y el infortunio, y no encontrándose con fuerzas para la lucha, ideó el medio de evadirlos enlazándose con Charing (7), hija única de otra familia rica del pueblo.

Pero los antecedentes de Juan no eran los mejores: su vida de disipación se presentó como un obs-

- (1) Margarita.
- (2) Canción ilocana.
- (3) Bailes familiares.
- (4) Antigua danza ilocana.
- (5) Lucero de la mañana.
- (6) Antigua diosa de Ilocos.
- (7) Rosario.

(1) Gosing significa *mellado* en lengua ilocana.

(2) Casa rústica de caña y nipa.

(3) Serenatas.

(4) Bailes de candelil.

(5) Pueblo importante de la provincia de Ilocos Sur.





Tras una larga ausencia de diez años, y desde mi cortijada de la sierra, adonde me ha traído la calentura de mi cuerpo enfermo, vine ayer á la feria de la Salud, á este gran mercado de mayo, famoso ya entre las fiestas andaluzas.

Mal de salud y todo, y entre afectos de la infancia y abrazos de una juventud que con sus corpachones me hace viejo, aquí estoy hecho uno de tantos forasteros de los que lo corretean todo y lo visitan todo, porque para mí el detalle más insignificante me interesa, me resulta nuevo.

Por eso desde que caí en manos de estos antiguos camaradas, no salgo de la feria, del café, del círculo, del teatro, y estoy entregado á esa grata y pacífica

radas y diosas por la suprema belleza de sus rostros.

Después de apuntadas mis ricas impresiones de la plaza de toros, he vuelto á la feria.

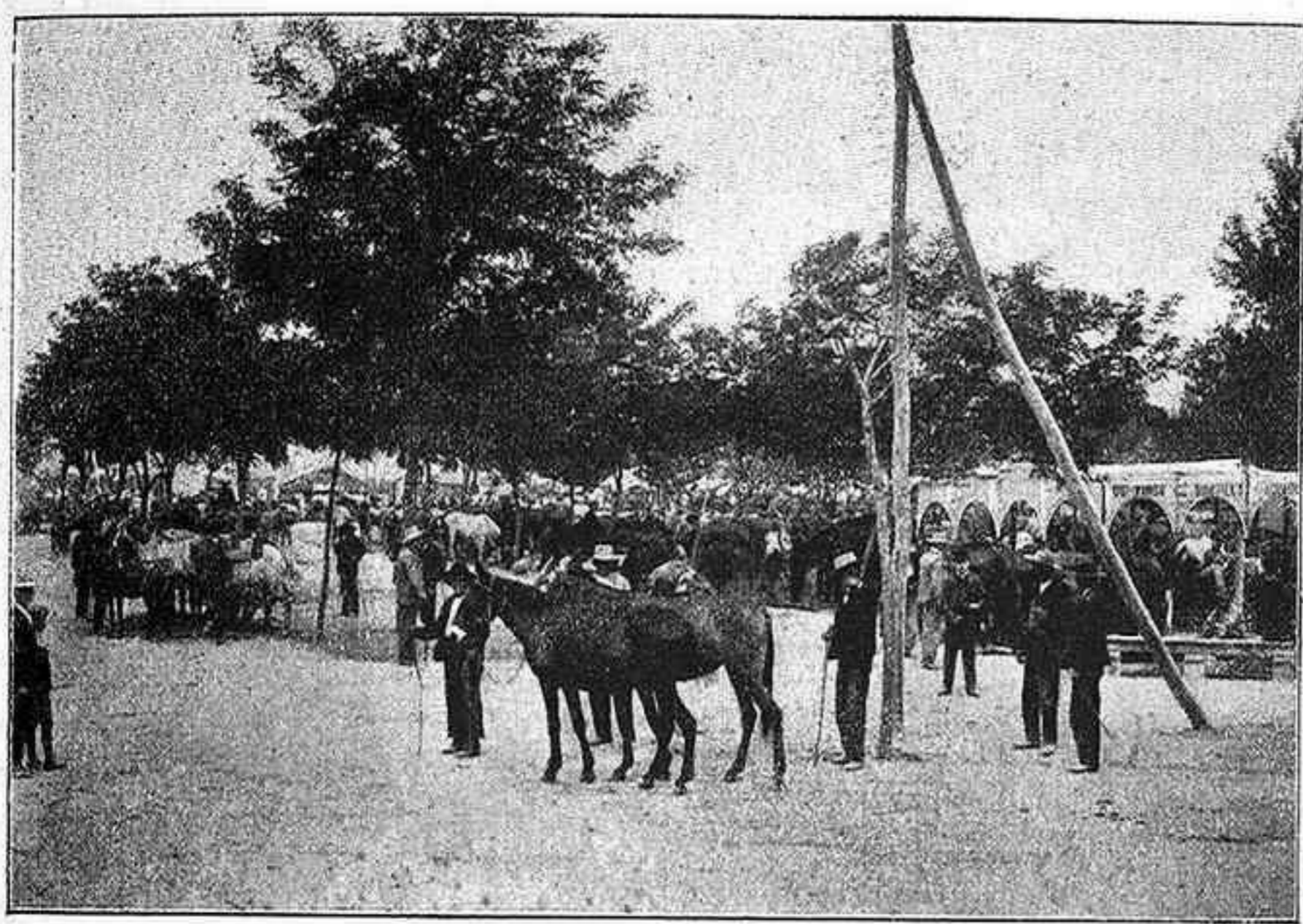
Insensiblemente me he internado en el mercado de ganados, grupo en el cual el ingenioso y clásico gitano ejerce de monarca. Unos cuantos labriegos y varios chalanes *tratan* sobre la venta de un par de mulas y un pollino escuálido que se cae de viejo.

El gitano de por acá es hombre listo y experto conocedor de toda clase de ganado, y en el ejercicio de su profesión tiene su *ciencia* ingeniosísima para ganar la voluntad del tratante y hacer una alhaja de un burro muerto.

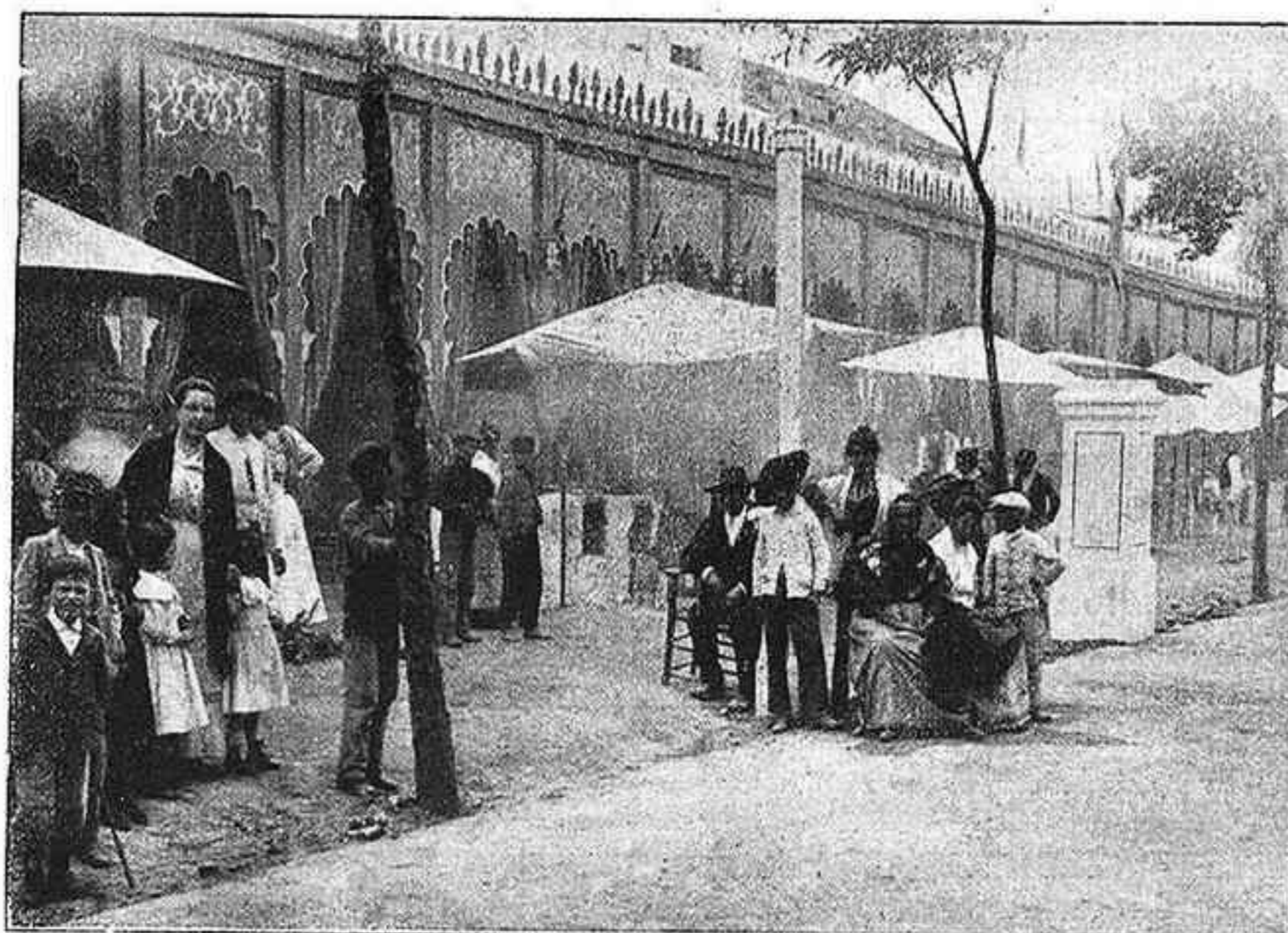
El negocio está á punto de tronar. Todo se vuel-

Allí están los viejos y los nuevos toreros. Bebiendo vino y piropeando á todas las arrogantes mujeres que pasan, se discute la estocada del Montes y el gran volapié del *Machaquito*. Este rincón de la torería cordobesa no será muy culto ni muy de los tiempos modernos, pero es muy típico, muy de *aquí*, y si el escudo del Club es una hermosa cabeza de toro, no importa, los toros simbolizan la alegría y la legendaria leyenda española.

Luego, ya muy tarde, todo el mundo acude á las clásicas buñolerías, las casetas medio tabernas y medio restaurants, pintarrajeadas de arabescos azules y vestidas por dentro con banderas y trozos de percalina.



EN EL MERCADO DE GANADOS



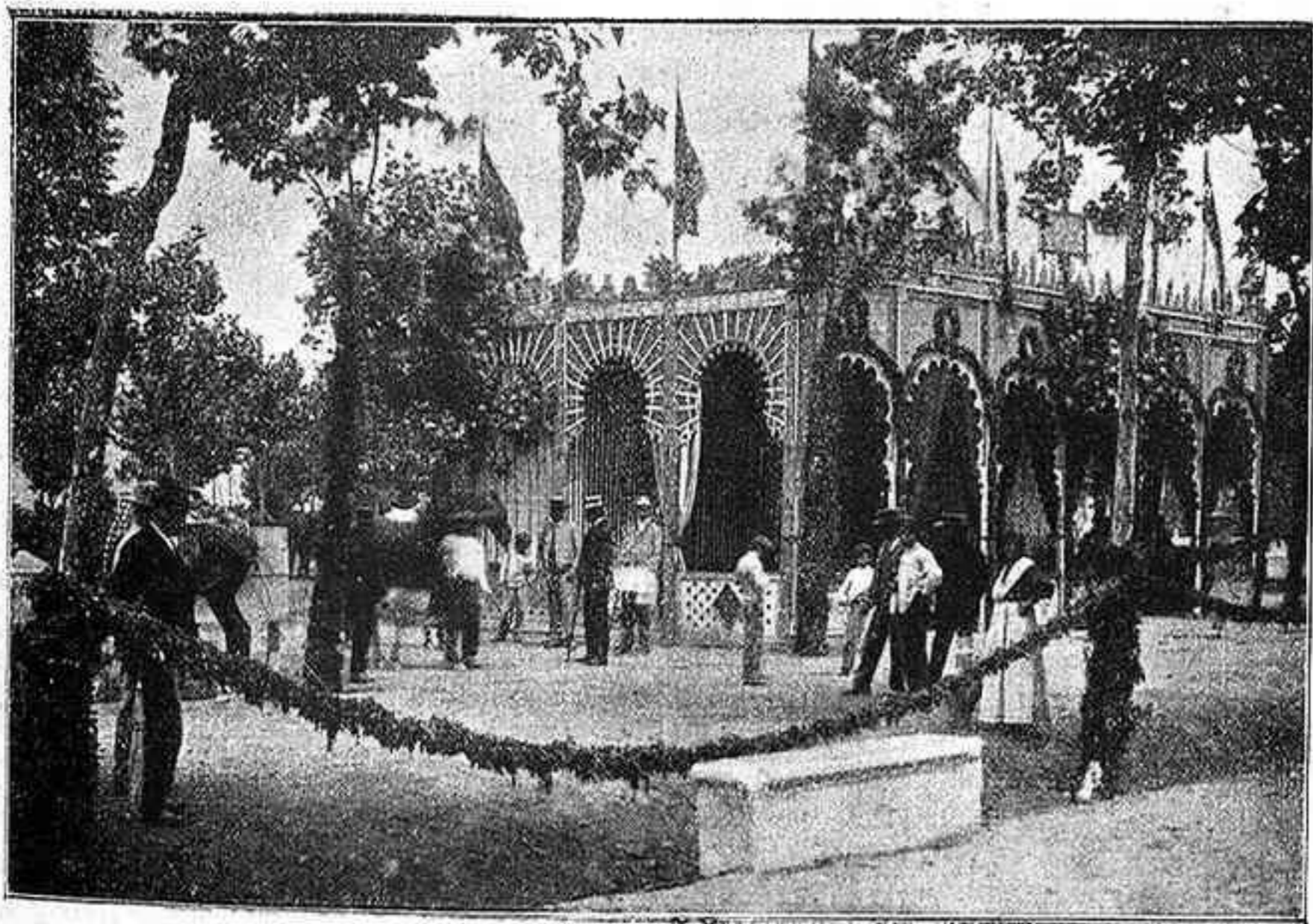
CALLE LATERAL DE BUÑOLERÍAS

*juerga* que constituye una larga cadena de emociones.

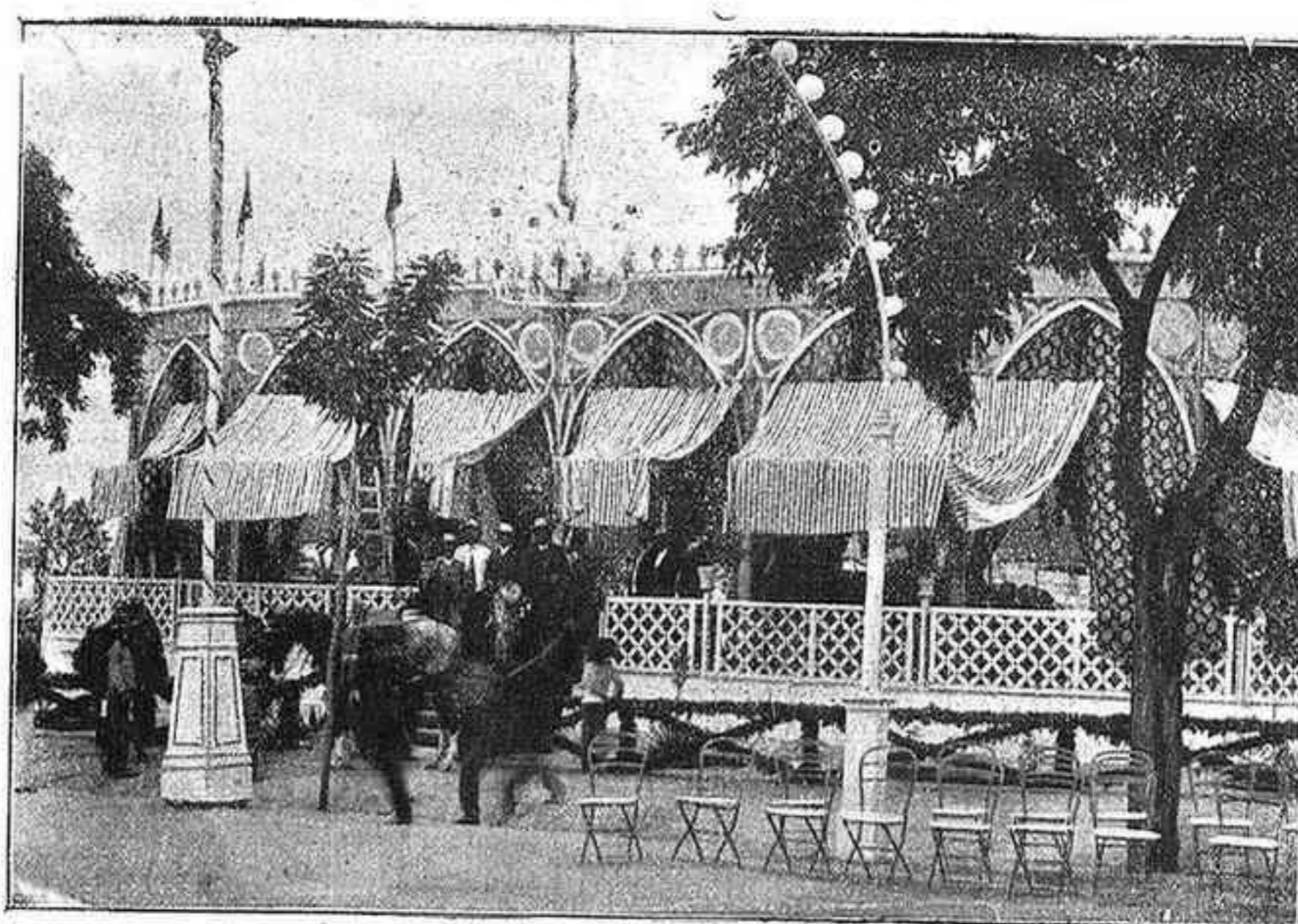
Lo primero que hice ayer fué zamparme en la plaza de toros y atracar mis ojos de sol y de luz, y de

ve correr el pollino de acá para allá, y para que se engalle, tocarle con la varita en los pechos. Pero hay diez duros de diferencia que no pasan por las buenas hechuras del burro.

En la nuestra no se cabe de gente. Las bandejas de dorados buñuelos desaparecen instantáneamente. Y en seguida á beber aguardiente y apartar á un lado las mesas. Todos hacen corro. Las castañuelas



CASETA DE LA EXPOSICIÓN DE GANADOS



CLUB GUERRITA

esa alegría bullanguera cuyo ritmo entre duro y suave parece un himno de quejas y besos, una rapsodia de carcajadas eróticas y gritos sentimentales.

El cuadro de la plaza, tantas veces descrito por artistas meridionales, presentaba á mi vista una perspectiva soberbia. Difícilmente podrían armonizarse más tonos de color bajo la caldeada capa de un sol que quebraba sus rayos sobre el oro repujado de las chaquetillas flamencas, contra el rojo fuerte de los pañolones de flecos grana y entre el encaje calado y brillante de las mantillas blancas. Aquello era una anarquía de destellos, un torrente de luz desbordada en fragmentos multicolores, que acariciaban, con mimoso centelleo de reflejos, los hombros, los pechos, las cabezas, las altivas figuras de estas mujeres cordobesas de ojos grandes, negros y soñolientos, las altivas figuras de estas moras cristianas que parecen reinas por la majestad de sus mi-

Al fin, tras una apología brillante del animalejo y unas cuantas historietas aplicables al caso, el chalan comienza á dar *coba*, pero una *coba* magistral que á mí me encanta por lo fina y graciosamente dada. Como siempre acontece, el tratante cede y el gitano *tira* de los diez napoleones. Hombres al parecer rudos, morenos por su raza y vestidos con cierto descuido, estos tipos interesantes parécenme hombres de mundo y filósofos á su manera. El peor de ellos tiene más talento que cualquiera de los muchos mortales que andan por ahí tirándola de genios. Su gramática parda y sus *salidas* á tiempo valen más que todo un tratado de sociología.

Y riendo las agudezas del viejo y varilarguero vendedor de caballerías, me doy una vuelta por el *Club Guerrita*, tienda la más flamenco y alegre de las levantadas en la feria. Aquello es una *juerga* constante.

repiquetean ya en las manos de dos cordobesas que tienen un torrente de luz en sus ojos y un puñado de flores en su cabeza. Un lastialón guapo y peinado de tufos agarra la guitarra y prelude unas *sevillanas* que corona estridente palmoteo. A las sevillanas siguen las *malagueñas* de Juan Brega y las *carceleras* de Cádiz; y si luz y flores tienen los rostros de las *bailaoras*, la moza que con sus cantos tristes aletea en nuestros corazones es una hembra con ojos de infierno y cabellos de terciopelo... De allí á la gloria. La fiesta sube de punto hasta que viene el día, y cuando más hondo es el sentimentalismo que el lloriqueo de la guitarra y los labios de la *cantaora* arrancan á nuestros espíritus, por las rendijas de los cortinajes grana nos damos de cara con la Aurora, repleta de un nimbo de luz azul pálida, que viene á refrescar nuestras mejillas y acariciar nuestros ojos adormilados...





MÉJICO. — MANIOBRAS MILITARES. — EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA Á SU LLEGADA AL CAMPO DE LA REVISTA (de fotografía de D. Ramón de S. N. Araluce)

Y á poco más el día, y con él el desfile callado y triste de los que se separan después de muchas horas de alegría.

Ya el sol pugnaba por romper el velo de sutiles nieblas que le teje la noche, y en las casetas próximas proyectábanse como sombras claras las siluetas de los feriantes que abrían de nuevo sus tiendas.

Y allá á lo lejos relinchaban los potros en las pías, y cual un ¡ay! que resonara á intervalos, parecióme escuchar el eco ronco y ensordecido de un pobre clown que durante toda la noche estuvo sobre el tablado de su barraca llamando al público con risotadas de epiléptico y muecas de neurasténico...

E. ALBERTO CARRASCO.

Córdoba, 20 mayo 1902.

EL GENERAL D. BERNARDO REYES  
Y LAS MANIOBRAS  
DEL EJÉRCITO MEJICANO

Acaban de realizarse en Méjico importantes maniobras militares que han puesto una vez más de manifiesto el grado de progreso alcanzado por aquel ejército, que puede parangonarse por su excelente organización, por su instrucción militar, por su disciplina y por su armamento, con los mejores ejércitos europeos.

No describiremos detalladamente las maniobras, porque esto requeriría un estudio técnico que no encaja dentro de los moldes de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; por otra parte, de ellas dan perfecta idea las bellísimas fotografías que en estas páginas reproducimos y que nos han sido remitidas por nuestro inteligente y celoso corresponsal de la República mejicana D. Ramón de S. N. Araluce, á quien damos las más expresivas gracias por su interesante envío.

En cambio, creemos de justicia conceder en nuestras columnas algún espacio á la biografía del emi-

nente general D. Bernardo Reyes, organizador y alma, por decirlo así, de las maniobras, ministro de

debe en gran parte el florecimiento militar de aquella nación, y que si es admirado en su patria, no lo es menos en Europa, en donde son bien conocidos sus notables libros *Cartilla de ejercicios militares* y *Manual para reservistas*.

Nació D. Bernardo Reyes en Guadalajara (Méjico) en agosto de 1850, y desde su infancia mostró gran inclinación por la carrera de las armas. Cuando la invasión francesa de 1864, quiso unirse á sus compatriotas, que en las serranías luchaban por la independencia de su país; pero hecho prisionero, vió entonces frustrado su intento. En 1866 consiguió unirse á las fuerzas republicanas del general Leocadio Solís, sentando en ellas plaza de alférez y ascendiendo al poco tiempo á teniente por su comportamiento en la toma de Calvillo. Tomó parte luego en multitud de importantes acciones, entre ellas en la toma de Querétaro, en donde fué herido, en la batalla de San Lorenzo y en la toma de Méjico, que puso término á aquella guerra.

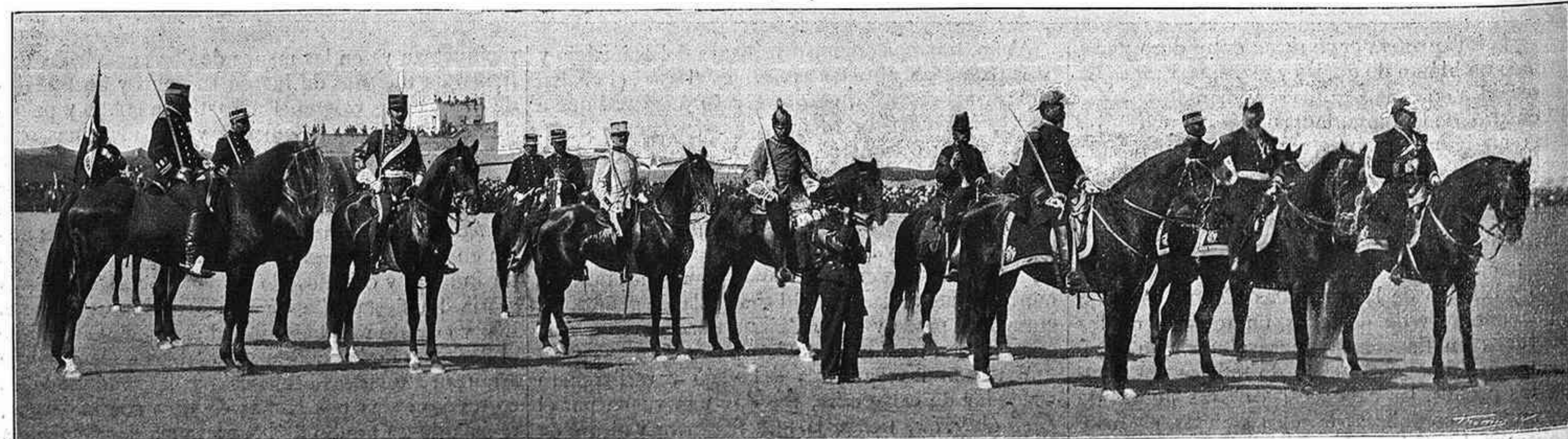
Triunfante la República, D. Bernardo Reyes figuró en la división que en 1869 fué á combatir á los revolucionarios de Sinaloa, así como entre las fuerzas leales que en 1870 sofocaron las rebeliones de Zacatecas y San Luis, siendo entonces nombrado capitán.

Después hizo toda la campaña de Tepic, á las órdenes del general Corona, contra el cacique Lozada, ascendiendo entonces á comandante, y en 1875 á teniente coronel por su heroico comportamiento en Santiago Ixcuintla. Es imposible enumerar detalladamente los hechos de armas en que intervino el Sr. Reyes, por lo que nos limitaremos á decir que sucesivamente y siempre por acciones de guerra ascendió á coronel en 1876 y á general de brigada en 1880.

En 1881 fué nombrado jefe de la 1.<sup>a</sup> zona militar de la República, y después de una afortunada cam-

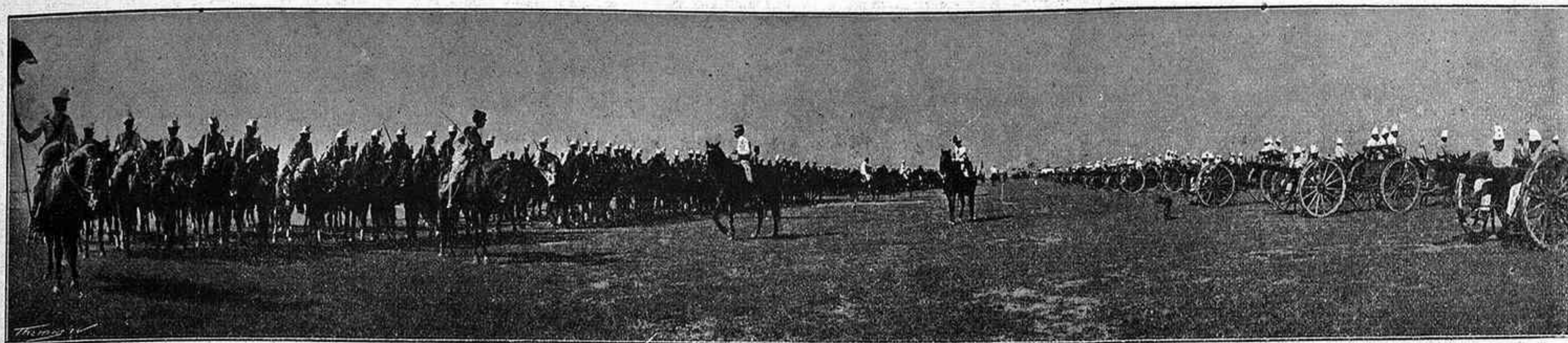


EL GENERAL DE DIVISIÓN D. BERNARDO REYES, MINISTRO DE GUERRA Y MARINA DE LA REPÚBLICA MEJICANA (de fotografía remitida por nuestro corresponsal en Méjico D. Ramón de S. N. Araluce).



MÉJICO. — MANIOBRAS MILITARES. — EL MINISTRO DE LA GUERRA, SU ESTADO MAYOR Y LOS AGREGADOS MILITARES Á LAS LEGACIONES EXTRANJERAS





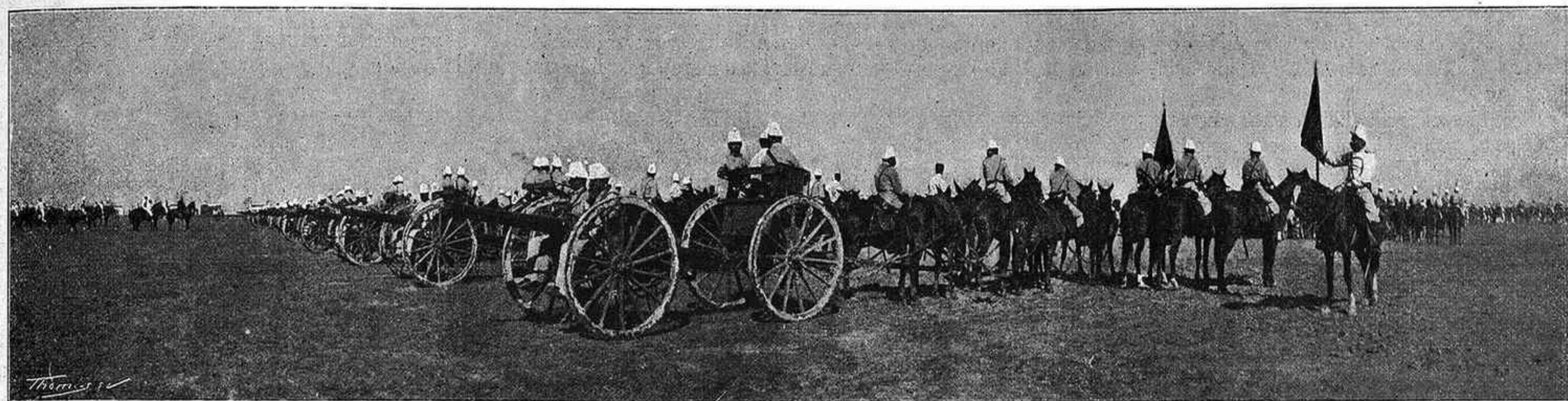
MÉJICO. - MANIOBRAS MILITARES. - LÍNEAS DE ARTILLERÍA Y CABALLERÍA (de fotografía remitida por D. Ramón de S. N. Araluce)

paña contra los apaches, dominó una sublevación local que había derrocado al gobierno de Sonora, mereciendo el título de ciudadano sonorensé y el nombramiento de gobernador interino.

En 1883, siendo general en jefe de la 6.ª zona, sofocó un movimiento socialista de San Luis de Po-

límites con Taumalipas y Coahuila, abrió caminos, construyó puentes, calzadas, jardines, ferrocarriles, edificios para escuelas, cárceles, una notable penitenciaría, palacios municipales y el del gobierno local, y atendió con igual solicitud á la administración de justicia, á la seguridad, á la hacienda y á la ins-

en el sentido de hacerlas más expeditas y darles una unidad que antes no tenían, y formando con su ley orgánica de 31 de octubre de 1900 la planta de un verdadero ejército nacional, que teniendo 26.000 hombres en pie de paz, puede alcanzar un efectivo de 76.000 en el término de cuarenta y cinco días al



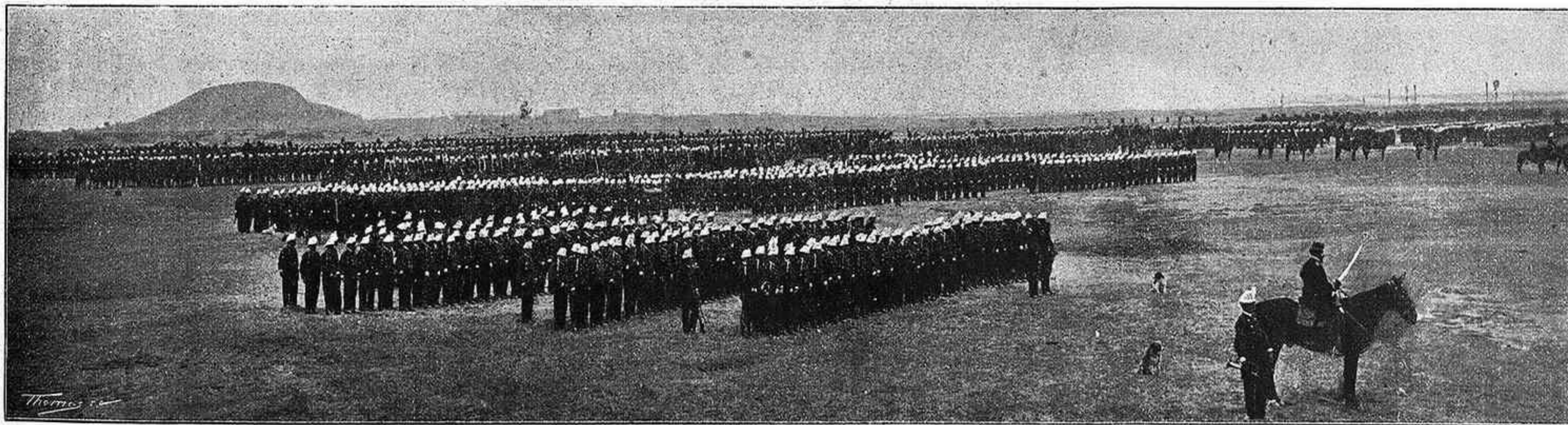
MÉJICO. - MANIOBRAS MILITARES. - ARTILLERÍA MONTADA EN LÍNEA DESPLEGADA (de fotografía remitida por D. Ramón de S. N. Araluce)

tosí. En 1885 venció un movimiento revolucionario que había estallado en Nueva León, siendo luego nombrado gobernador provisional de aquel Estado, cargo que desempeñó con gran acierto, habiéndose distinguido su administración por los progresos materiales y por la moralidad y el orden, y habiéndole

trucción pública. En resumen, durante los trece años que gobernó el Estado de Nueva León cambió de un modo radical la situación del mismo hasta llegar á ser citado como modelo en el país.

En 1900 pasó á ocupar el puesto de ministro de Guerra y Marina, al mismo tiempo que el presidente

ponerse en pie de guerra. Y toda ésta evolución para dar consistencia á los elementos armados la ha realizado sin pretender reforma alguna constitucional, siempre dentro de las leyes existentes y casi sin alterar los presupuestos, pues se advierte en él manifiesta tendencia á economizar los gastos nacionales.



MÉJICO. - MANIOBRAS MILITARES. - FORMACIÓN CONCENTRADA DEL CUERPO DE EJÉRCITO (de fotografía remitida por D. Ramón de S. N. Araluce)

concedido, al terminar su gobierno, los ayuntamientos votos de gracias y la Legislatura el título de ciudadano nuevoleonés.

En 1886 fué nombrado gobernador de Nueva León, habiendo desempeñado aquel gobierno hasta 1900. Puso término á difíciles y añejas cuestiones de

de la República le extendía el nombramiento de general de división, en premio de sus relevantes méritos y de los importantes servicios prestados á su patria. En el elevado cargo que aún actualmente desempeña ha realizado una completa evolución en el ejército, modificando los reglamentos de maniobras

Además, para que no sea ilusoria la formación de fuertes efectivos de tropas, cuida muy especialmente de todo cuanto á armamento se refiere y de mejorar los servicios que permitan producir en el país mismo lo necesario para atender á un grande ejército y al sostenimiento de éste en caso de guerra.



MÉJICO. - MANIOBRAS MILITARES. - TROPAS DE LAS TRES ARMAS MANIOBRANDO (de fotografía remitida por D. Ramón de S. N. Araluce)

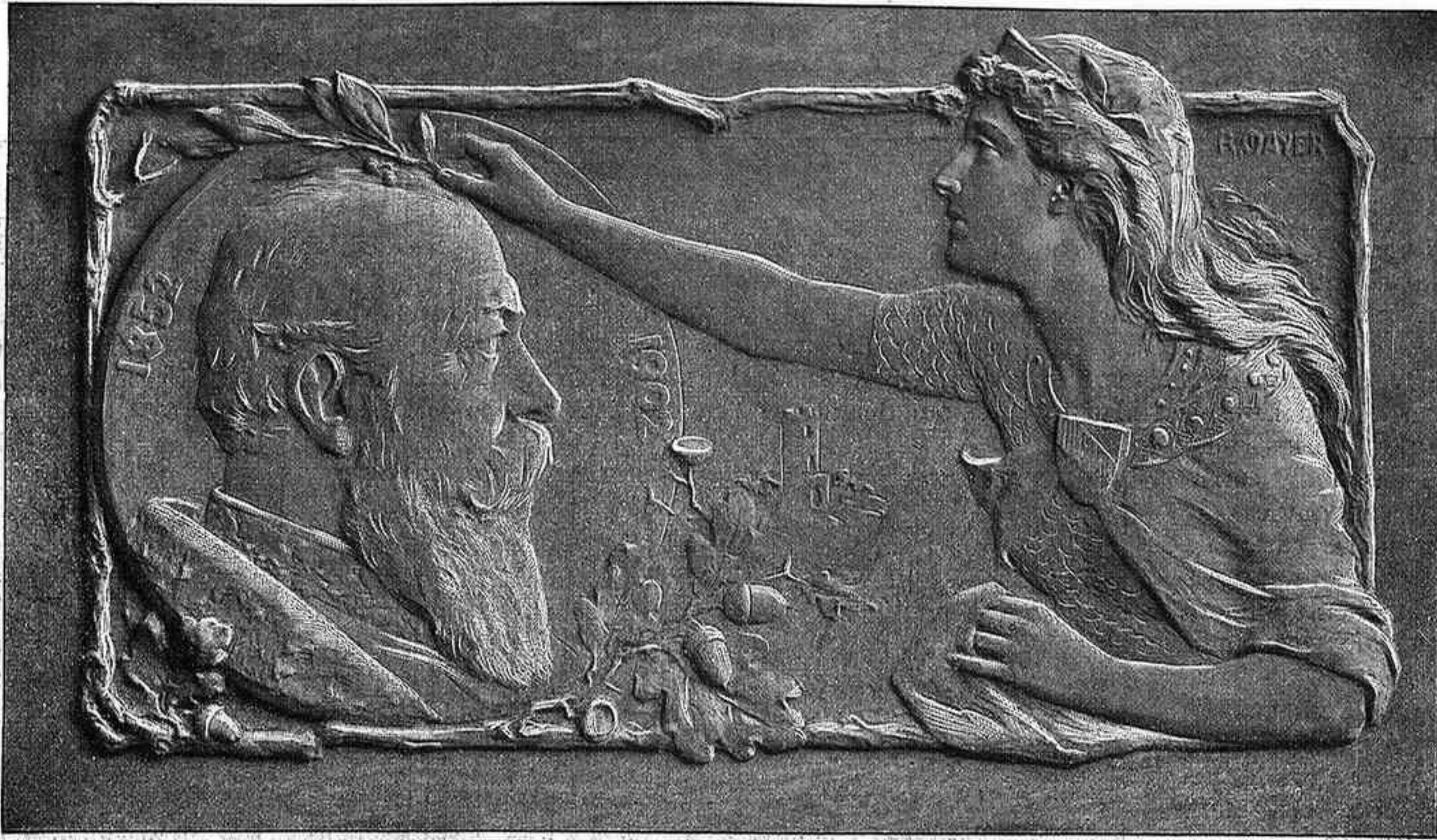




SANTA ISABEL, CUADRO DE C. DE SPANYIK



Terminaremos estos ligeros apuntes diciendo que el general Reyes jamás se ha apartado de la senda del deber, y siendo soldado desde la edad de diez y seis años, no cuenta un solo desliz en su carrera ni siquiera una sedición de tantas como registra la historia militar mejicana. Es finalmente el general Reyes hombre de laboriosidad incansable, de grandes iniciativas, de inteligencia no común, de constantes anhelos por la ilustración y de excepcionales dotes políticas y administrativas, cualidades todas que hacen de él uno de los principales colaboradores del ilustre jefe del Estado mejicano D. Porfirio Díaz, á quien debe Méjico la situación brillante en que se encuentra y cuyo largo y sabio gobierno puede ser citado como modelo en toda la América latina. -A.



PLANCHA CONMEMORATIVA DEL JUBILEO DEL GRAN DUQUE FEDERICO DE BADEN, modelada por Rodolfo Meyer

hoy setenta y seis años, y su largo gobierno ha sido en extremo beneficioso para su país, pudiendo con razón citarse como modelo de gobernantes sabios y prudentes. Adorado por su pueblo, distinguido y colmado de honores por los emperadores de Alemania, en recompensa de sus grandes servicios en pro

de Spanyik, cuyo cuadro reproducimos. Es esta una pintura bajo todos conceptos bellísima, pues el autor ha sabido hermanar admirablemente lo ideal con la realidad, imprimiendo en la figura ese carácter místico por virtud del cual los rasgos puramente humanos llegan á ser reflejo de un alma sustraída por completo á las impurezas del mundo y entregada en absoluto al amor divino. Desde el punto de vista técnico, el lienzo de Spanyik es también digno de los mayores elogios por la solidez del dibujo, por la delicadeza del colorido y por la acertadísima combinación de todos los elementos que contribuyen al mejor efecto de una obra de arte.

MISCELÁNEA

**Teatros. - París.** - Se han estrenado con buen éxito: en Nouveautés *Louise*, comedia en cuatro actos de Pedro Veber; en la Porte-Saint-Martin *La guerre de l'or*, drama en cinco actos y seis cuadros de A. Dubout, inspirado en la guerra anglo-boer; en la Opera-Cómica *La troupe Jolicoeur*, comedia musical en tres actos y un prólogo, tomada de una novela de Enrique Cain, letra y música de Arturo Coquard; en la Academia de Música *Orsola*, drama lírico en tres actos, letra de P. B. Gheusi, música de Pablo y Luciano Hillemacher; en el teatro del Chateau d' Eau la ópera de Wagner *El ocaso de los dioses*, puesta en escena por iniciativa de la Sociedad de Grandes Audiciones musicales de Francia; en l'Oeuvre *Monna Vanna*, drama en tres actos de Metterlinck; en la Renaissance *Le marchand de pommes, Le cœur à des raisons y Daisy*, comedias en un acto de Hugo Delorme, Robert de Flers y A. de Caillavet, y Tristán Bernard respectivamente; y en el Ambigu *Sans mère*, melodrama en cinco actos y seis cuadros de Miguel Carré y Jorge Mitchell.

NUESTROS GRABADOS

**Monumento funerario, obra de Emilio Dittler.** - La escultura funeraria tiene un campo de acción aparentemente muy limitado; pero si se examinan bien los asuntos que por medio de ella pueden desarrollarse, se verá que esta limitación se circunscribe puramente al fondo, ya que en la forma es infinita la variedad de manifestaciones á que se prestan los sentimientos en que el artista ha de inspirarse. El dolor, la resignación, la fe, la esperanza, en una palabra, las ideas que á la imagen de la muerte y como consecuencia de ésta á la de otra existencia van unidas, admiten infinidad de modalidades de expresión que permiten al escultor hacer alarde de su modo propio de sentir y de pensar y de su originalidad en la manera de exponer plásticamente sus creaciones. De aquí que los verdaderos artistas no vacilen en desarrollar temas que otros antes que ellos trataron, en la seguridad de que no han de faltarles medios de acreditar su talento en concebir y su habilidad en ejecutar. La obra escultórica del malogrado muniquense Emilio Dittler, muerto hace poco en la flor de su juventud, es prueba evidente de que aun por las sendas más trilladas puede el genio llegar á producir una labor merítisima: su estatua, que en esta página reproducimos, es una bellísima representación del Dolor, notable por su sentimiento no menos que por la corrección con que está modelada.

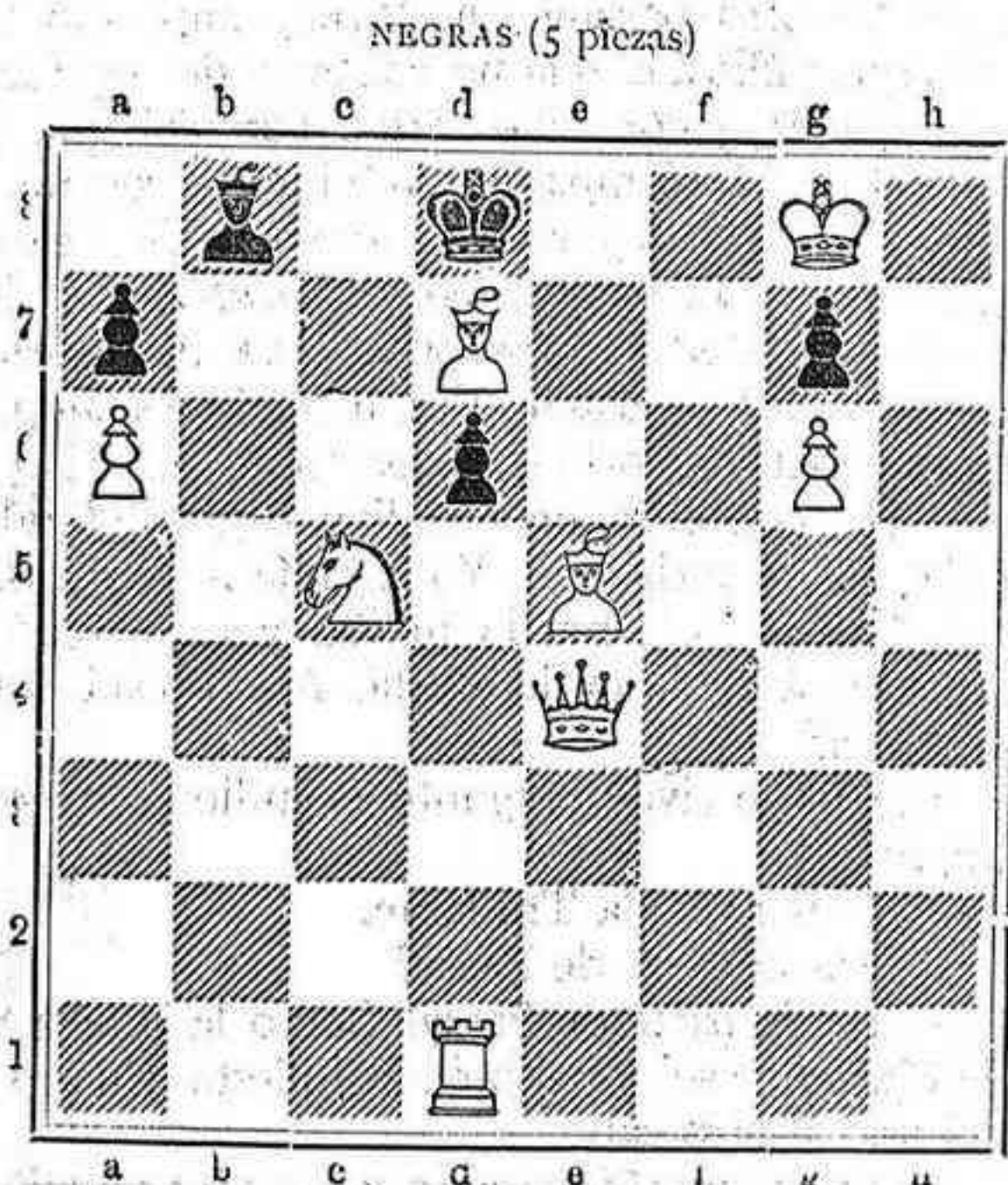
de la unidad nacional bajo la dirección de Prusia, se ha mostrado siempre grande, lo mismo en los días prósperos que en los de adversidad, y en las numerosas campañas en que ha tomado parte ha probado ser militar tan experto como valiente. Entre los varios obsequios que con motivo de su jubileo se le han hecho, figura la artística plancha que en esta página reproducimos y que ha sido modelada por el notable escultor de Karlsruhe Rodolfo Meyer: representa la figura de Badenia ciñendo con laureles la frente del noble anciano, cuya efigie se destaca en un medallón en donde se leen las dos fechas 1852 y 1902; en el fondo y hacia el centro de la plancha se ve entre las dos figuras el antiquísimo castillo de Zähringen, una de las residencias del gran duque.

**Barcelona.** - Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Lo cursi*, comedia en tres actos de D. Jacinto Benavente, *Las flores*, comedia en tres actos de los Sres. Alvarez Quintero, y *Las vírgenes locas*, comedia en tres actos arreglada del francés por los Sres. G. Llanas y Francos Rodríguez; en el Eldorado *Alma y vida*, drama en cuatro actos y en prosa de D. Benito Pérez Galdós, y *Aurora*, comedia en tres actos de D. Joaquín Dicenta; y en la Granvía *Casa de muñeca*, drama en tres actos de Ibsen. En el Tivoli ha comenzado á funcionar una discreta compañía de ópera bajo la dirección del maestro Baratta.

**Necrología.** - Han fallecido: Francisco Bret Harte, notable poeta y novelista norteamericano. Javier Aymon de Montepin, popular navelista francés.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 283, POR H. VON GOTTSCHALL.



BLANCAS (8 piezas)  
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 282, POR W. S. PAVITT.

- |                 |              |
|-----------------|--------------|
| Blancas.        | Negras.      |
| 1. Dc1-c8       | 1. C toma T  |
| 2. Dc8-h3 jaque | 2. C toma D. |
| 3. g2-g3 mate.  |              |

VARIANTES.

- 1..... T, A ó P juega; 2. Te3-h3 jaque, etc.  
1..... Cg5 juega; 2. D ó T mate.



MONUMENTO FUNERARIO, obra de Emilio Dittler

**El ángel de la fe consolando á la desolación humana, escultura de José Llimona.** - La grandeza plástica de las dos figuras, un ángel y una mujer, que forman este grupo, destinado al panteón de la familia Maristany en el cementerio de Masnou (provincia de Barcelona), es verdaderamente excepcional, y cuantas personas han podido admirarlo en el Salón Parés, se han sentido profundamente conmovidas ante el doncelalado, de musculatura bien entendida y de cabeza espiritual sombreada por crespas cabellera, que consuela de los amores terrestres perdidos, con los celestes imperecederos, á la apesadumbrada mujer de voluptuoso cuerpo en quien ha personificado el artista todos los placeres de la tierra. La representación no es nueva, pero José Llimona ha sabido imprimirle la misma personalidad que distingue á sus otras estatuas *Resignación, Recuerdo de los muertos y Angel Custodio*, y que le coloca en preeminente lugar entre los escultores catalanes modernos.

**El guitarrista, cuadro de Luis Graner** (Salón Parés). - Recientemente y con motivo de reproducir en las páginas de esta Revista algunos lienzos de Luis Graner, que figuraron en la exposición que organizó en el Salón Parés, expusimos el favorable juicio que nos merecieron é hicimos constar las cualidades y merecimientos de tan distinguido artista. Hoy al dar á conocer á nuestros lectores el cuadro titulado *El guitarrista*, que fué digno compañero de los anteriores, hemos de referirnos á lo que ya manifestamos, limitándonos únicamente á llamar la atención acerca de la nueva obra, que resulta un notable estudio.

**Plancha conmemorativa del jubileo del gran duque Federico de Baden, modelada por Rodolfo Meyer.** - El pueblo badense ha celebrado recientemente con grandes festejos el quincuagésimo aniversario del advenimiento del actual gran duque Federico, uno de los príncipes más queridos y respetados del Imperio alemán. Cuenta

**Santa Isabel, cuadro de C. de Spanyik.** - Conocida es la historia de la piadosa reina de Hungría que la Iglesia ha canonizado: casada á la edad de catorce años con el landgrave Luis IV de Thuringia, quedó al poco tiempo viuda con tres hijos, siendo entonces objeto de las persecuciones de su suegro Enrique Raspe, que quiso impedirle el ejercicio de la caridad, que constituía todo el anhelo de la santa dama. Cierta día en que, como de costumbre, llevaba ocultas en la falda algunas provisiones para sus pobres, fué sorprendida por los esbirros de Enrique, y al pretender éstos ver qué era lo que ocultaba entre sus ropas, salieron de entre sus vestiduras fragantes rosas. En este milagro se han inspirado multitud de artistas, entre ellos el notable pintor húngaro Cornil



LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Poco á poco los dos hombres habían descubierto que eran de la misma edad, que habían nacido en el Puerto Viejo en dos casas vecinas, y que sus padres habían debido conocerse.

Claudio Rastoul, de la categoría de los marinos poco afortunados, había tenido la especialidad de encontrarse en el derrotero de los ciclones irresistibles, ó de descubrir, embarrancando en ellos, los «adoquines» de la ruta que no figuran en las cartas de navegación. Nombrado capitán de cargo-boat, era autor de un imponente número de naufragios. Los tribunales marítimos le habían absuelto siempre como irresponsable de las catástrofes. Pero, convertido en terror de las Compañías, había tenido que buscar empleo en tierra firme. Era perito en una casa de seguros marítimos, donde no hacía fortuna.

— Porque, decía él, ahora que los naufragios me harían ganar dinero con los peritajes consiguientes, diríase que los buques asegurados en nuestra compañía hacen á propósito de ni siquiera abollarse una plancha. La mala suerte me ha perseguido siempre.

Aquellos rigores de la suerte, soportados con paciencia, atraían á Pascal Maugrabin, el hombre afortunado en todo, por el contraste con su propia vida. Cuando encontraba á Claudio en el *Saint-Tropez*, se podía tener la seguridad de que se les vería sentados á la misma mesa, contándose sus historias y cambiando algunas cifras de uno y otro lado, el uno para aumentar el número de sus ahogados y el otro para disminuir la cuantía de sus rentas. Desde el momento que los tribunales le habían declarado inocente, Rastoul prefería unir su nombre á «siniestros» de primera clase que á mezquinas aventuras que no habían costado la vida más que á un grumete.

Pascal, por su parte, preveía que el *Saint-Tropez* se le haría imposible el día en que sus parroquianos supiesen que trataban con un príncipe disfrazado. No sospechaba, al encargar su *bouillabaisse* aquella noche, que su incógnito estaba seriamente amenazado. Al ir á separarse, Claudio le dijo:

— En poco ha estado que se encuentre usted aquí con otro paisano, un joven, empleado en una casa que pidió á la mía un contrato de seguros. Vino á la oficina, y con sólo oírme conoció que yo era marsellés. Hablamos; nos volvimos á ver; me invitó á ir á su casa, y estuve el domingo. Mis historias le entretienen. «Venga usted al *Saint-Tropez*, le dije; conocerá usted á otros paisanos.» Al decirle esto, me acordaba de usted. El muchacho es simpático y conoce Nueva York: se llama Candiac.

— He conocido un Candiac, dijo Maugrabin sin dejar ver su turbación. Yo le creía millonario.

— Cumplió el servicio militar y se marchó luego á Africa, á la Costa de Marfil. Ahora está colocado en París.

— ¿Donde vive?, preguntó el millonario con viva inquietud.

— En la avenida Trudaine.

— ¿Por la parte de Passy?

— ¡Por la parte de Passy! Como la Buena Señora de Marsella está al lado de la Joliette. Cuatro millas del uno al otro cabo.

— ¡Bien!, dijo Maugrabin menos intranquilo. Avenida Trudaine: ¡Mozo!... ¡El Bottin!

Consultó el famoso anuario de comercio y después de haberse cerciorado de que su sobrino vivía, en efecto, al extremo opuesto de París, Maugrabin preguntó:

— ¿Ese Candiac gana para vivir?

— ¡Zambomba! ¡Si usted viese cómo tiene puesta su casa! Limpia como una cámara de oficiales y casi tan lujosa. No me extrañaría que ese muchacho ganase trescientos francos al mes. Calculo á primera vista. Porque en mi vida he visto joven menos ha-

blador. ¡Es un tipo! Hay momentos en que uno cree que va á tragar el anzuelo, y luego resulta que es él quien se lo ha hecho tragar á usted. De todo está enterado. Al oír mi nombre, exclamó: «¿Usted es quien embarrancó el *Villa de Bayona* en el bajo Rastoul, delante de Tenerife, hace siete años?» Has-



Candiac le quitó su largo abrigo

ta me citó el número de muertos. Es una satisfacción el ver que á uno le conocen en todas partes, sin tener culpa. Por más que digan, sin mí tal vez se ignoraría aún la existencia del bajo Rastoul, bautizado con mi nombre.

Maugrabin separóse de su amigo con una profunda melancolía, juzgando que no habían de volverse á ver. El *Saint-Tropez* le estaba vedado, desde el momento que se exponía á encontrarse allí con Emilio Candiac. A la melancolía siguió la irritación. Aquel sobrino refractario, á quien quería olvidar, pero que parecía pegársele como una lapa, amenazaba hacerle la vida insostenible, después de haberla trastornado por completo. ¿Por qué no se había quedado en el Texas, siendo *cow-boy* en algún rancho? O bien, ¿por qué él mismo no se había quedado en Nueva York, en vez de ceder á su hija?

Regresó al Building muy trastornado. Cuando Pascualina, que había tenido tiempo de desvestirse, fué á darle las buenas noches, según costumbre, vió que su padre no tenía ganas de conversación.

Lo mismo le pasaba á ella.

El que lea las páginas que siguen, comprenderá que la muchacha deseara aislarse con sus pensamientos en el silencio de la noche.

Al mediar la tarde, Pascualina había ido á casa de su primo, sabiendo que no encontraría allí á nadie. Llevaba un cargamento de flores, principalmente de rosas *Francia*, que había pagado carísimas y que distribuyó por las habitaciones, reservando las necesarias para adornar la mesa con ese cuidado metódico y al mismo tiempo con esa profusión que las señoras americanas llevan á un extremo todavía desconocido en París.

La Genestout ejecutaba en la cocina parte del *menu* trazado por la «señorita.» Algunos de los pla-

tos habían sido encargados fuera. Antes de retirarse, Pascualina pasó revista á todo, destapando los cazos, probando las salsas y dando consejos basados en profundos conocimientos culinarios. Segura de que todo marcharía bien, fué á vestirse, lo que representaba otra carrera de seis kilómetros. A pesar de todo, á la hora convenida, llamaba á la puerta de Emilio, que le abrió, soberbiamente vestido de frac.

Su prima ocultaba bajo un abrigo muy sencillo, por consideraciones al barrio, un traje que había recibido aquel mismo día de un modisto ilustre.

La falda, de crespón de seda color de rosa, presentaba una profusión de pequeños volantes bordados. El aire lo rizaba todo como la borrija de una gran orquídea infinitamente preciosa. Los brazos y el cuello, de purísimos contornos, salían de un corpiño muy sobrio, cuyas realidades encantadoras formaban contraste con lo idealmente nebuloso del vestido.

Para visitar á aquel trabajador pobre, Pascualina había tenido el buen gusto de dejarse en casa los diamantes y las perlas. Su hermosura, que nunca había parecido tan grande, era de esas hermosuras verdaderas en que todo adorno resulta inferior.

En el único *recibimiento*, que hacía las veces de comedor y de sala, Candiac le quitó su largo abrigo. Después guardó silencio. Menos interesada en los apretos de la fiesta, Pascualina hubiera podido ver que palideció ligeramente. Suspiró y dijo casi en voz baja:

— ¡Qué bonita es usted!

— ¡Qué bonita es usted!, repitió la muchacha con franca alegría. ¿Estamos reñidos, que ya no nos tuteamos?

— ¡Dispensa! Nunca te había visto así. Cuando nos separamos, Pascualina tenía diez y seis años. Iba de corto; aún no era mujer. ¡Oh!, pero ahora es toda una mujer. ¡Y como nos separa todo! ¡Se me figura que has venido á despedirme!

— ¡Ingrato! He venido á decirte que nada nos separará jamás. He venido á

prometerte el éxito, la felicidad, la fortuna, en este primer día de tu año veintiséis. ¡Esperé traerte la alegría... y te veo triste! ¿Qué te falta? ¿No tienes la casa llena de rosas? ¿No estoy yo aquí, color de rosa también? Francamente, si no ves la vida color de rosa, ¿qué es lo que quieres?

— Es verdad, me has cubierto de flores y llenado de perfumes, como si fuese un príncipe. Al entrar aquí, hace poco, he experimentado una de las más dulces sensaciones de mi vida. Conoces mi pasión por las flores. ¡Pero qué locura! ¡Qué despilfarro!

— Todo es poco para mi convidado — porque soy yo la que convidó, no lo olvides. En este momento, estás en mi casa... y espero que mi comida no valdrá menos que mis rosas. ¡*Cheer up!*

Candiac, con frialdad aparente, estrechó la linda mano que se extendía hacia él.

— Eres la mejor de las criaturas, dijo suspirando de nuevo. Pero no puedes hacer milagros; mañana tus rosas habrán muerto; dentro de dos horas habrás salido de aquí... ¡y yo no tengo apetito!

— Mañana, Dios nos dará otras flores; yo vendré aquí con frecuencia; y en cuanto al apetito, allá veremos. ¡A la mesa! De Passy á Montmartre hay gran trecho, y ya lo anduve tres veces esta tarde.

— ¡Oh, Pascualina! ¿Cómo decirte todo lo que experimento? Me colmas de obsequios... cruelmente.

Pascualina se olvidó de contestar. Estaba atenta á sus deberes de señora de casa, recargados por la insuficiencia de la servidumbre. Sin embargo, todo marchó bien. Candiac había recobrado en parte el apetito. La conversación, gracias á los esfuerzos de Pascualina, había tomado un sesgo más alegre. A los postres, un lindo brazo anduvo la mitad del camino para el choque de las dos copas. Se pronunció la vieja fórmula americana:



«¡Ojalá sea este día el más desgraciado de nuestra vida!»

— Me temo, dijo él, que sea el más feliz de los que me restan... En suma, ¿fue feliz para mí el acontecimiento cuyo vigésimo sexto aniversario celebramos hoy?

— ¡Bueno!, suspiró Pascualina. Ya volvemos a las ideas sombrías. ¡Vamos a ver! ¿Qué pasa? Estás desconocido. ¿Dónde está tu valor? ¿Sientes haberte separado de mi padre? ¿Parecías tan entusiasmado por vestir el uniforme!..

— Lo estaba. No se me hacía pesado el sacrificio. Separarme de mi familia, abandonar mis costumbres, mi dulce existencia, renunciar a mi porvenir para ser un buen francés, ¡todo eso no era nada, de lejos! ¿Qué sucedió? Que todos mis compañeros de armas, salvo uno ó dos, me trataron de loco. Todos, casi todos, se dolían de haber abandonado algo ó alguna persona. Todos decían: «Morir en defensa del país amenazado, no es nada; pero perder los mejores años de su vida en jugar a los soldados, en vez de abrirse camino en cualquier carrera, es muy duro.» ¿Hemos de admitir que tenían razón?

— No. Yo te admiré y te admiro. ¡Paciencia! Mi padre acabará por ver claro un día ú otro.

— ¡El, que se hizo naturalizar americano a fin de prosperar más en su comercio! ¡El, que quería que yo hiciera lo mismo! ¿Qué puede haber de común entre nosotros?

— En todo caso, estoy yo. Siempre seré el lazo de unión entre vosotros dos.

— ¡Hasta el día que seas el lazo de unión entre él y su yerno!

No hablemos del porvenir; si no, tendremos que cambiar de papeles, y tú habrás de consolarme de haber nacido.

— El día de tu nacimiento dió al mundo el modelo completo de una criatura feliz.

— ¡Ay! Hace algún tiempo que se me figura que aún no he nacido. Una mujer nace, propiamente hablando, el día de su matrimonio. ¡Oh, qué terrible día, sobre todo en este país!

— No para las que tienen dote.

— ¿Te figuras? Las que no la tienen, se quedan para vestir santos y nada más. Las que tienen dote... Ahora descubro a qué se hallan expuestas. ¡Ah, si supieses qué vergüenza me da el observar que en ningún país del mundo el matrimonio es lo que en el nuestro! Sin embargo, como quiero ser francesa, será preciso que me case con un francés.

— Aún los hay excelentes, por más que ellos mismos pretenden lo contrario.

— ¿Dónde están esos excelentes?

— Puedes buscar, puesto que tu padre te deja libre.

— ¡Buscar!.. ¡Ah, qué cansada es la vida!

— Es lo que procuro demostrarte.

— Nunca has sido tan pesimista conmigo.

— Porque no estoy contigo. Porque estoy con una persona que no había visto nunca y que no sabe el esfuerzo que me cuesta el tutearla.

— De modo que esta noche todo marcha de mala manera. Porque me he puesto un bonito traje, en obsequio a ti, paso al rango de otra, de una desconocida, ó poco menos... Aquí se ahoga una. ¡Vamos a respirar!

Abandonó la mesa y fué a sentarse en el balcón, donde dos grandes linternas venecianas acababan de simbolizar la fiesta. Candiac siguió a su prima, y la contempló un rato, de pie cerca de ella; luego habló:

— ¡Escúchame bien, Pascualina! No te arrepientas de ninguno de tus actos ni de ninguna de tus palabras de hoy. En mi vida, ocupada hasta ahora por el trabajo, esta velada acaba de poner algo que le faltaba: la ilusión.

Hablaba sin hacer un gesto y sin acercarse más a ella. Pero ella se sentía envuelta en una mirada febril, como, días antes, bajo las bóvedas sombrías de la Abadía.

Sin embargo, aunque la expresión fuese análoga en su naturaleza, producía resultados opuestos.

Una semana antes, Pascualina había tenido miedo y sólo había pensado en huir.

Esta vez, aunque algo temblorosa, sentíase mecida en una confianza sin límites.

Aquella secreta turbación, dormida en un reposo delicioso, aquel vago instinto de peligro corrido tras de la certeza de la seguridad absoluta, aquella pena de ver sufrir a un amigo, aquella satisfacción de una victoria cuyo deseo le acudía en el momento de haberla alcanzado, todos aquellos sentimientos, diversos como los metales de una pila eléctrica, hacían circular por sus venas una corriente nueva.

Moralmente, se hallaban los dos en ese estado de tensión en que el menor átomo de aire que vibra puede determinar la chispa eléctrica.

El perfume de las rosas salía a bocanadas del saloncito. Candiac lo absorbía con sus narices dilatadas, como absorbía con sus ojos la hermosura de aquella gran rosa que parecía ofrecersele.

Pero la educación extranjera, la larga costumbre de la voluntad triunfante, le hacían fuerte entre los fuertes. Nuevas palabras acudían a sus labios; pero reprimía toda locura.

Y cada segundo de aquella lucha claramente adivinada daba a comprender a su prima que no volverían a ser jamás, uno enfrente del otro, lo que habían sido antes, cuando se amaban como hermanos, separados del amor, como ellos creían, por una anchura de Océano.

— ¡Quizá no sea bueno hacerse ilusiones!, dijo ella al fin, demostrando con esto que también acababa de descubrir un ideal.

— Es atrocamente cruel y deliciosamente cruel, contestó Candiac sin sentarse. Tan bueno, tan delicioso, que yo quisiera vivir eternamente tal como me encuentro. Y es tan cruel, que quisiera morir. Pero si la hora suprema hubiese de llegar, quisiera saberlo a tiempo para decirte... lo que entonces te diría...

Los ojos de Pascualina, antes de que ella pudiese impedirselo, hicieron una pregunta. Y le sorprendió la contestación de Emilio que dijo:

— ¡No! Mi vida no ha terminado. Será preciso volver mañana del país de las ilusiones. Mañana habrá que luchar contra las fuerzas puramente materiales. Mañana, tú y yo continuaremos nuestras rutas tan divergentes. Pero no olvidaremos esta hora en que nuestros dos barcos se han encontrado juntos durante una corta deriva. ¡Oh! No temo que me olvides. He hecho esta noche, bien lo sabes, lo que ningún hombre hubiera hecho en mi lugar: he callado.

Un silencio, que parecía contener todo un raudal de palabras ardientes, continuó, por decirlo así, aquella altiva declaración. Pascualina se sonreía de un modo extraño. Reflexionó un momento, y dijo luego, hablando para sí, con voz apenas perceptible:

— ¡A esto llama callarse! Ningún hombre me ha dicho tanto.

Emilio dió con el pie un golpe de impaciencia en el suelo:

— Yo no te he dicho nada, puesto que no te he dicho lo que lo es *todo*. ¡Pero vete! ¡Ya es hora!

— Estoy en mi casa, contestó ella. ¿No convinió en que tú eras mi convidado?

— Entonces me voy a marchar yo.

— ¿Para ir al lado de otra a quien quieres más que a mí?

Un sollozo hinchó el pecho de Candiac. Ello fué toda su contestación; pero Pascualina se contentó con ella. Como se alejase algunos pasos, a fin de serenarse, oyó que su prima le llamaba.

— ¿Qué es lo que temas de mí?, preguntó Pascualina. Amar a una mujer y huir de ella a causa del dinero que posee, también es despreciable. Es otra manera de anteponer el dinero al amor.

— ¡Ah!, gimió Candiac; yo saldré loco de esta prueba. ¿Pero no lo comprendes?... Tu padre no está ya sometido a la ley francesa. Puede desheredarte; y yo sé, por experiencia propia, que es capaz de hacerlo. ¿Proponerte que seas mi mujer en estas condiciones?... ¿Qué hombre sería yo?..

— ¡El hombre que espero, el hombre que busco, el hombre que ya no tenía esperanzas de encontrar!..

El la estrechaba contra su pecho, sin tener en cuenta que podían verles.

— ¡Te amo!, decía. ¿Qué importa que se hunda el mundo? ¿Qué importa lo que va a ser de nuestra vida, con tal de que la pasemos juntos?..

— ¡Cuidado!, dijo ella. En este balcón pueden vernos.

En el momento de marcharse, mientras se ponía el abrigo, Pascualina preguntó:

— ¿Piensas ahora que hicimos bien en nacer?

— Hace dos horas aún no habíamos nacido. Y me estremezco a la idea de que hemos corrido el riesgo de quedarnos para siempre en el limbo. Sin esta fiesta íntima, hubiéramos podido ignorarnos eternamente.

— Ha sido el milagro de las rosas, dijo tendiendo sus labios por última vez.

En la acera de la avenida Carlos de Bucilly estaba, a aquellas horas, de centinela, fumando un cigarrillo sin saber qué gusto tenía.

En el balcón, muy alumbrado, de la casa que vigilaba, sus ojos habían distinguido la blancura de una pechera y la nube de un vestido claro.

Los dos interlocutores hablaban con animación, pero al aire libre.

Carlos se asombró de que una comida entre un

joven y una muchacha, á solas, rociada con champaña — había oído á Pascualina encargarlo, — pudiese acabar de un modo tan poco misterioso. El beso de desposorios había sido tan corto, que él no lo había visto.

Momentos después de haber dado las diez en el colegio Rollín, el balcón quedó desierto, y el espía se acercó á la puerta para examinar la salida.

Pascualina no tardó en aparecer. Su largo abrigo gris, mal abrochado, dejaba ver un elegante traje color de rosa. Seguía un desconocido, de estatura regular, flexible, moreno y atezado. En vano trató Carlos de recordar. Aquel hombre, de apariencias nada vulgares, pero poco mundanas, le era desconocido. Aquel tercer ladrón ignorado lastimaba menos su amor propio. Hasta preveía cierto placer, añadido á otros, ante la contrariedad del oficial cuando llegase el día de la justicia.

Satisfecho, pues, de su espionaje, se alejó, no sin haber seguido á Pascualina hasta la plaza de Amberes, donde su compañero la metió en un coche, al que subió también, después de haber dado al cochero la dirección del Building.

«Bajaré un poco antes de llegar, se dijo Carlos. Conozco el sistema. Pero tarde ó temprano vamos á reir.»

## XVIII

Al día siguiente Pascualina salió temprano de su casa. En vez de ir al bosque, como de ordinario, se internó en la ciudad y entró en casa de su joyero, que, á su ruego, le enseñó varias sortijas; después habló confidencialmente con el industrial, urdiendo un pequeño complot, cuyo fin no tardará en descubrirse.

Sacando luego el reloj, se dió cuenta de que eran cerca de las doce. Apenas tenía tiempo de llegar con puntualidad al sitio en que había de esperarla Candiac para hacer su primera comida de «novios pobres.»

Una inmensa alegría brilló en los ojos del joven al ver á su prima.

— ¡Temía!.. dijo él.

— ¿Qué temías?

— ¡Todo! Se me figura que el enjambre de genios maléficos y celosos que flotan en el aire se ha amotinado contra mí. Desde anoche les oigo repetirse uno á otro: «Ese es demasiado feliz. Hay que poner término á esa anomalía...» ¡Pero ya estás aquí! Por consiguiente, aún no he dejado de ser el hombre más feliz del mundo... Ahora te llevo á almorzar á franco cincuenta por barba, como ha sido tu voluntad, para «ver lo que es.»

— ¡Almorzar! ¡Así sois los hombres! ¡Almorzar sin tener puestos los anillos de esponsales! Vamos de prisa á escogerlos. A estas horas no encontraremos ningún conocido

El aspecto de la tienda suntuosa á que le llevó su compañera, hizo retroceder á Candiac.

— Nunca entraré yo en este palacio, dijo él, para comprar una miseria de diez ó quince luises.

— Vente. Yo conozco la casa. Te robarán menos que en ciertos tenduchos de baja estofa.

El caso es que por una cantidad proporcionada á su fortuna, Emilio pudo ofrecer una sortija muy sencilla, pero adornada con un rubí sin defecto alguno á su prometida, que se puso algo colorada al ver al joyero sonreirse detrás de sus anteojos.

Por su parte, ella escogió una sortija de hombre de cuyo precio no se habló.

Después de lo cual, ambos novios se fueron á almorzar á franco cincuenta el cubierto.

A guisa de platillo, tuvieron el placer de ponerse recíprocamente al dedo, por debajo de los manteles, las arras de su promesa.

El beso clásico fué substituído por un fuerte apretón de manos y una mirada en que se leía la fuerza indomable de su ternura.

Comiendo hablaron de cosas serias.

— De hoy más, dijo Pascualina, mi único fin consistirá en reconciliarte con mi padre. No quiero perder su amistad al casarme contigo. Sufriría yo mucho si tuviese que abandonarlo. Tengo confianza en el porvenir. Vamos á viajar juntos, él y yo. La ocasión será oportuna para conquistarlo, y espero hacerlo entrar en razón. Si á mi regreso no he adelantado nada, no tendremos más remedio que esperar.

— ¡Esperar! ¡Ay, sí!, suspiró Emilio. ¿Ves cómo yo obraba cuerda al querer callar?

— Yo no veo más que mi inmensa dicha. Estar unidos, aunque el mundo deba ignorarlo por algún tiempo, vale más que una fortuna. Me dijiste que el año que viene van á subirme el sueldo.

— Sí. ¿Y si me envían otra vez á Africa?

— Precipitaremos los acontecimientos, pues tendré que casarme contigo para seguirte.



- No seas niña. Hablas sin saber la vida que te esperaba allí. Acuérdate de mis cartas.

- ¡Ya me acuerdo! Ellas son las que mantuvieron mi constancia en reservarme para ti. Gracias á ellas no me dejé seducir por la «gran vida» que trataba de hacerme vislumbrar. Gracias á ellas no he olvidado esta lección aprendida en América: el amor al trabajo y el respeto á los que trabajan. ¡Cuando pienso que hoy podría ser la esposa de algún noble ocioso!.. Pero, sobre todo, al leer tus cartas sentía cernerse sobre mí la sombra de algo que no podía definir, pero que era nuestro amor, que se acercaba en silencio.

La media hora que les quedaba se pasó hablando de amor. Y el mismo almuerzo pasó... inadvertido. Convengamos en que era lo mejor que podía sucederles. A la hora debida Candiac entraba en su oficina y Pascualina en su casa, donde encontró á Mu-grón que la esperaba.

- ¡Está usted resplandeciente!, dijo después de haber saludado á la muchacha.

Los paganos decían que toda mujer se vuelve irresistible después que Venus le ha prestado su cintura. Este talismán no es más que el amor que abraza el corazón, anima los ojos y flota en toda la persona. Pascualina llevaba el guantelete divino desde la víspera. Como ha sucedido á tantas mujeres, iba á hacer la experiencia de su tremendo poder.

- ¿Cuándo se marcha usted, huyendo de este calor?, preguntó Mu-grón, sin cesar de admirarla.

- ¡Ay!, dentro de tres semanas, contestó ella, estaré lejos de París.

- ¡Parecía usted abandonar tan á gusto!..

- Héteme en flagrante delito de inconsecuencia femenina. Ya no dirá usted que no tengo defectos.

- Es por los defectos por lo que nos seducen las mujeres.

Ella se sonrió mirando su sortija flamante y preguntándose: «¿Son mis defectos los que me han puesto este anillo al dedo?» Y continuando su pensamiento, añadió en voz alta:

- ¡Dios nos libre de que tenga usted razón! Pero probablemente no estamos de acuerdo sobre el significado de la palabra seducir. Siempre la he tomado en el sentido de extraviar, y yo no tengo el menor deseo de extraviar á nadie. Esto, naturalmente, me hará pasar, á los ojos de usted, por una buena burguesita de escaso interés.

- ¿Sinceramente cree usted ser de «escaso interés» para mi corazón?

El cambio súbito de la voz de Mu-grón era tan extraño, que Pascualina fijó la vista en su interlocutor. Estaba pálido y se retorcía febrilmente el bigote.

- ¡Basta de vanos tormentos!, exclamó él al fin. Cada uno de nosotros no vive más que una vez. ¿Quién tendrá en cuenta mis luchas, mi sacrificio, cuando mis huesos se hayan convertido en polvo? Va usted á partir... y yo no puedo más. Señorita, ha sido en mí una locura el luchar tanto tiempo. ¿Quiere usted perdonarme y... consultar su indulgencia para saber si me acepta?

Desprevenida, Pascualina trataba de dulcificar la pena que iba á causar su contestación. A fin de ganar tiempo, añadió:

- ¿No se acuerda usted de su madre en este momento?

Estas palabras podían pasar por el eflugio que precede á una confesión. Mu-grón, transportado de esperanza, hizo esta promesa:

- Mi madre me sacrificará sus preocupaciones, como me sacrificará su vida. Dentro de una hora vendrá á suplicarle que sea su hija, si sus instancias pueden decidirla á usted.

El corazón de Pascualina, aunque enteramente ocupado por otro hombre, era demasiado bueno para no abrirse á una profunda piedad. En el rostro franco de aquel militar se podía leer una pasión noble y sincera. ¡Qué amargura iba á pintarse en él dentro de un instante!

«¡Oh, destino!, pensó la muchacha. La suerte de tres seres humanos sería quizá muy diferente á estas horas, si las palabras que acabo de oír hubiesen sido dichas un día antes. Doy gracias á Dios que ha sellado los labios de este hombre... todo el tiempo preciso.»

En la triste mirada de Pascualina, Mu-grón empezaba á leer la cruel verdad. Ella misma podía comprender el valor de la ofrenda que rehusaba. Con voz algo trémula contestó:

- Voy á probar á usted cuánto le aprecio. En el mundo nadie sospecha un secreto que confío á su honor de usted: estoy prometida á Emilio Candiac.

Con el valor de un hombre preparado á los azares del campo de batalla, Mu-grón soportó el golpe. Sin

embargo, tardó algunos segundos en proferir esta queja que no pudo contener:

- ¡Decía usted que le amaba como á un hermano! Más encarnada que la rosa que se mustiaba en su pecho y que Candiac había besado la víspera, Pascualina murmuró:

- ¡Todo ha cambiado desde hace poco! - ¡Desde hace poco!.. ¡De modo que tal vez sería usted mía á estas horas, si yo hubiese tardado menos! ¡Ah! Ha sido una crueldad el decírmelo.

- Se lo he dicho - perdóneme este grande egoísmo - porque quiero, porque imploro su amistad. Necesitaré de ella, y sé lo que vale.



Carlos de Bucilly estaba, á aquellas horas, de centinela

- ¡Ah, sí!.. ¡La amistad!.. Ustedes siempre exigen esto... ¡Como si fuese fácil!

- Yo también me hallo en presencia de cosas difíciles, Sr. de Mu-grón. ¿Quiere usted prometerme que puedo contar con usted? Tal vez llegue el momento en que usted será mi único apoyo. Preveo amargas pruebas, entre muchas alegrías.

- ¡Usted! Hermosa, rica, feliz...

- Mi padre aborrece á mi novio, y con una sola palabra puede hacerme más pobre que el mismo Candiac. La lucha será dura... ¿Cuántos amigos tendré yo entonces?

- ¡Oh!, exclamó Mu-grón. ¡Luego es verdad que tales mujeres existen!.. Y si yo me hubiese casado con usted, mi familia, la sociedad, hubiera calificado esta unión de desigual.

- Emilio no está expuesto á semejante contrariedad. Ya es algo. Pero puede tenerlas más graves. ¿Le tendremos á usted á nuestro lado?

- Sí, palabra de honor. No tiene usted más que llamarme; estaré á sus órdenes.

Ella le tendió la mano, que el oficial estrechó, en vez de besarla como tenía por costumbre.

Después aquellos dos seres generosos se separaron.

Durante una semana, las cosas marcharon de la manera más tranquila, en apariencia.

Ya había pasado el mes de junio.

Los Maugrabin hacían sus preparativos para un viaje por los confines de Europa.

Los Bucilly estaban quietos. Carlos, no solamente había cesado de pedir subsidios á su madre, que se encontraba en la imposibilidad de dárselos, sino que la tranquilizaba diciendo que tenía asegurado su porvenir, gracias á un casamiento «de que se ocupaba él mismo,» sin querer divulgar nada.

Codoero, según costumbre, vivía al día, evitando la presencia de Pascualina, que le atormentaba. Porque, á pesar de los escrúpulos confesados á Popinot, no podía decir á la muchacha: «¡No se case usted con mi hijo!»

En esto Maugrabin, siempre demasiado ocupado para ver lo que pasaba en torno de él, quiso obsequiar con una reunión de despedida á sus amigos del Building y á otros varios.

Las señora de Bucilly quería abstenerse, no teniendo ya nada que esperar de los Maugrabin. Carlos sostenía, no sin alguna apariencia de razón, que aquel desaire sería mezquino. Tenía motivos, que sólo él conocía, para desear el mayor número de testigos posible á cierto golpe teatral que preparaba.

Norberto Leroy, sabiendo que iban á reír, contaba no faltar.

Popinot, médico todavía honorario de la familia, no quería perder aquella ocasión de encontrarse con su viejo amigo y su joven amiga.

Mu-grón, por grande que fuese su fuerza de voluntad, no podía evitar la presencia del ángel de su ilusión irrealizable.

Todos llegaron al sexto piso del Building antes de las diez, en aquella noche de julio que algunos de ellos conservan aún grabada en la memoria.

Ciertas reuniones anuncian el aburrimiento desde el principio. Aquella era una de tantas, á causa de la cohibición que flotaba, por decirlo así, en la atmósfera del salón.

La señora de Bucilly, única mujer presente, procuraba en vano desplegar cierta naturalidad en su conversación con la heredera que se le escapaba.

Codoero filosofaba con Popinot en un rincón, y Carlos hablaba con Norberto.

Mu-grón, aunque había cesado de ser «Domingo,» puesto que Robinsón había cambiado de isla, causaba á éste, con su sola presencia, una impresión poco agradable. No pudiendo elegir su interlocutor, hacía todo lo posible para alimentar su conversación con el señor de la casa, que daba pruebas de un sorprendente mal humor, desconocido en él.

Aquella mala disposición de Maugrabin, notada por su hija, existía en nuestro hombre desde el día en que había estado á punto de encontrarse de manos á boca con su sobrino en el *Saint-Tropez*. Es inútil decir que desde entonces no había vuelto á poner los pies en el modesto restaurant, donde Claudio Rastoul esperaba en vano verle reaparecer.

Por más que se esforzaba en ser liberal, Maugrabin no podía olvidar que Mu-grón había hecho en su presencia el elogio de Candiac. Mostrábase con el oficial todo lo cortés posible, pero distaba mucho de desplegar aquel buen humor socarrón con que antes divertía á todo el mundo.

El reloj - eléctrico, naturalmente - parecía dormir, cuando de pronto los convidados tuvieron con qué distraerse.

- ¡Qué bonito vestido color de rosa!, acababa de decir Beltrana, no sabiendo ya de qué hablar. ¿Lo estrena usted esta noche en obsequio nuestro?

Antes de que Pascualina, á quien no gustaba mentir, hubiese encontrado una contestación, Carlos se había acercado, ajustándose los lentes. Había llegado la hora de su venganza.

- Señorita, dijo muy alto, yo la he visto á usted otra vez con ese delicioso traje.

- ¡Oh! En eso, contestó Pascualina, le engaña á usted su memoria. No puede usted haberme visto con él.

- Le repito á usted que sí. Y le diré á usted dónde. ¿Apostamos algo?

- Apostado.

- ¿En qué va á consistir la apuesta?

- En una prenda.

A través del tono animado de Pascualina, Carlos adivinó una ligera angustia. Pero Maugrabin, que entre sus manías americanas tenía la de apostar sobre todo, se acercó al grupo. Carlos, con mano segura, lanzó el dardo envenenado.

- Tuve la dicha de verla salir á usted de una comida la semana pasada. Subía usted á un coche en la avenida Trudaine, y llevaba usted ese vestido. ¿He ganado?

- ¿En la avenida Trudaine?, rugió el padre. ¿Estuviste, por ventura, en casa de Emilio Candiac? Sé que vive allí.

Pascualina palideció, porque preveía una escena terrible. Pero contestó sin vacilar ni bajar los ojos:

- Estuve en su casa.

Maugrabin apretó los puños. Sin acordarse de que no estaba solo con su hija, gritó:

- ¿Cómo te atreves á visitar á ese hombre, cuando te he prohibido que le nombres en mi presencia?

- Obedecí. Su nombre parece olvidado entre nosotros. Pero si tuvo la desgracia de disgustar á usted,



nunca ha mancillado ese nombre; sino que, por el contrario...

— ¡Cállate! Exijo la promesa de que toda relación con él cesará completamente.

Norberto Leroy cambió una mirada con Carlos, su amigo y su discípulo, y aquella mirada, sorprendida por la muchacha, era un ultraje que no pudo soportar. Olvidando todo consejo de prudencia, proclamó altivamente la verdad.

— No puedo hacer á usted la promesa que me pide, papá. Tengo dada palabra de casamiento á Emilio Candiac.

Los espectadores de la escena, salvo pocas excepciones, tenían el corazón oprimido por una fuerte angustia. Maugrabin abrió la boca. Todos esperaban una de esas palabras que nada puede borrar. Codoero, el tímido Codoero, fué el único que tuvo el valor de intervenir. Su fisonomía abierta contrastaba con las demás.

— ¡Por favor, conténgase usted! ¡Luego se arrepentirá! Sé lo mucho que quiere usted á su hija.

— Y yo, mi querido padre, repuso Pascualina presa de una viva emoción, siento por usted la ternura más grande y el respeto más profundo. He admirado siempre lo fiel que es usted á los principios de su vida. ¡Séalo usted hoy! ¿Qué me ha repetido usted, casi todos los días, desde que dejé de ser una niña? «Sé buena y honrada, porque eres libre. No quiero hacer de ti una esclava, al estilo de las muchachas francesas. Tu corazón te pertenece. Cuando ames á un hombre, únicamente te preguntaré si es digno de ti. Y entonces no impediré que sigas tu sentimiento...» ¿No son estas sus palabras?

— Son las palabras que todos los padres dicen á las muchachas, allá. Pero Emilio Candiac, para mí, está fuera de la ley.

Pascualina, con voz vibrante, interpelló á Mugerón, que nunca la había admirado tanto:

— Usted conoce al hombre á quien mi padre condena. ¿Le considera usted digno de mí?

— Por mi honor, así le considero, contestó el oficial. Creo que es merecedor de usted por lo que ha hecho y por lo que vale. ¡Afortunado el hombre de quien puede hacerse semejante elogio!

Sin añadir más, Pascualina se inclinó ante su padre, como para rogarle que sacase él mismo la conclusión.

Maugrabin sentía fijos en él los ojos de todas las personas presentes. Era una solemne ocasión de afirmar sus doctrinas, de mantener su reputación de hombre fiel á sus principios y á su palabra, reputación merecida, á decir verdad.

— Eres mayor de edad, dijo. Eres responsable de tus actos. Te dejo cargar con el peso de la resolución. Cierta es que tienes en tu favor las costumbres de América; pero yo tengo en favor mío la legislación. Eres libre de casarte con ese hombre. Yo soy libre, enteramente libre, de emplear mi fortuna como me dé la gana. No esperes nada de ella, salvo lo necesario para que abandones esta casa, provista de lo que mi hija debe llevarse al domicilio de su marido. Asistirá á la boda. No dirá nadie que el viejo Maugrabin se oculta para sufrir. Luego te...

— ¡Padre mío!, exclamó ella poniéndole la mano sobre la boca que temblaba de cólera.

— ¡Está bien!, dijo él desprendiéndose de los brazos de su hija. Me conoces. Juro que mi sobrino no pasará jamás los umbrales de mi puerta. Si podéis ser felices sin mí, mejor para vosotros.

Los convidados consideraron que su presencia era, al menos, inútil. Carlos de Bucilly se levantó el primero, con la mirada torva. Su rostro, en que el placer de la venganza realizada se mezclaba con la repugnancia de sí mismo, tenía una expresión de vergüenza que los acontecimientos posteriores de su vida no iban á disminuir. Ciertos actos, como ciertas enfermedades, marcan á un hombre para siempre.

En el momento en que se disponía á salir, después de haber saludado á Pascualina con un respeto insolente, ésta le llamó, con una voz en que el desprecio y el disgusto ponían una nota que no volvió á tener jamás.

— ¡Se va usted demasiado pronto!, exclamó. Perdí la apuesta y debo pagarla, antes de que me falten medios.

Carlos retrocedió como desafiándola. El mismo

Norberto Leroy, que ya estaba en la puerta, se detuvo á ver el último episodio, que prometía ser curioso. La muchacha continuó:

— Le debo á usted una «prenda»; pero voy á elegir yo misma el recuerdo que conservará usted de esta reunión. De cuanto poseo, he aquí el objeto que más merece usted.

De encima de un mueble, acababa de coger su látigo; y sus ojos flameaban de tal modo, que Carlos no pudo contener un movimiento hacia atrás.



De cuanto poseo, he aquí el objeto que más merece usted

— ¡Oh!, añadió la joven con una sonrisa desdenosa. ¿Qué esperaba usted, pues?..

Carlos había girado sobre sus tacones, sin pronunciar una palabra, y sin ver la mirada de Mugerón, fija en la ballena flexible, que la joven amazona acababa de arrojar sobre la alfombra. Aquella mirada significaba: «¡Oh, quién pudiera castigar á ese espía odioso!»

Codoero lo comprendió sin duda, pues dijo á Pascualina, despidiéndose de ella:

— Hace mucho tiempo que sé lo que es sufrir. Esta noche sé lo que es sentir vergüenza. ¡Pido á usted humildemente perdón por tener tal hijo!

— Cierre usted los ojos á todo lo demás para no ver sino mi amistad profunda, díjole la muchacha en voz baja y en tono de súplica. Yo también voy á pasar por dolorosas pruebas. ¡No me abandone usted!

Una vez sola con Maugrabin, hizo una postrer tentativa:

— Padre, ceda usted. Devuelva su afecto al que va á ser su hijo.

— Era mi hijo y dejó de serlo por su culpa. No digas que soy implacable é injusto. ¿Te he negado mi consentimiento?

— ¡Ah! Si usted lo negara, esperaríamos que tuviese á bien cambiar de resolución.

— ¿Me tomas por un padre francés? ¿Crees que me dí á América únicamente porque en ella hacía mi fortuna? Lo que en ella me sedujo, fué su verdadera libertad. ¡Eres libre! Cásate con ese hombre; cástate en seguida. Asistirá á la ceremonia porque es mi último deber paternal. Muchos no harían tanto. Por lo demás, acuérdate de lo que te he dicho. Lucharéis por la vida, como luché yo.

— Como usted quiera, papá. ¡Lucharemos!, dijo Pascualina con un resplandor de entusiasmo en sus ojos.

## XIX

Al día siguiente, Candiac, avisado por teléfono, regresó á su casa sin pérdida de momento, tan pronto como pudo abandonar el trabajo. Su prometida llegó casi detrás de él. A la primera mirada, comprendió el joven que su prima era portadora de malas noticias.

— ¿Malas?, contestó ella á su pregunta. La mayor parte de los hombres, en tu lugar, dirían que son malas. Nosotros nos amamos lo suficiente para encontrarlas buenas. Mi padre lo sabe todo; vamos á casarnos.

Emilio la abrazó, loco de alegría.

— ¡Aguarda!, dijo ella. No me dejas hablar... Te casaré con una mendiga. *Cut off with a shilling!* Es la ley de allá, como dice mi padre.

Candiac se hizo explicar lo ocurrido la víspera. Terminada la historia, gritó agitando los dedos:

— ¡Guarda tu látigo! ¡No dejes de traerlo! Me servirá de él algún día.

— ¡Ay, mi pobre amigo! Será casi todo lo que traiga. ¿Qué vamos á hacer? Yo no creo que mi padre ejecute todas sus amenazas. Pero ya conoces su alma de bronce. Nos esperan años durísimos. ¿Quieres que pida á mi padre que me deje pasar unos cuantos meses más en casa?

— ¡Ni una hora! ¡Ni un minuto! No pidamos siquiera esa limosna... Pero yo pierdo la cabeza. Olvido que lo pierdes todo, mientras que yo no pierdo nada — ¡y te adquiero á ti!

— Más tarde mi amor echará sus cuentas. Mientras tanto, si quieres botar al agua nuestra pobre barca, estoy dispuesta y te lo he venido á decir. Ahora, me voy. Es preciso que me encuentre en el Building á la hora de comer, y en adelante, debo calcular mi tiempo con arreglo á la marcha de los ómnibus. Desde hoy, no vuelvo á tomar coche.

— Sí; pero yo ahora te puedo acompañar. No tememos que nos sorprendan.

En la imperial de los grandes tranvías, entre obreros y modistillas, aquellas afortunadas víctimas del amor hicieron un trayecto delicioso. Aquella noche, Pascualina anduvo hasta la puerta misma de la casa paterna orgullosamente apoyada en el brazo de Candiac.

— ¿No tienes miedo?.., le preguntaba él sonriéndose.

— Sí; temo encontrar á Carlos de Bucilly. ¿Qué pasaría entre vosotros dos?

— ¡Bah! Se me figura que le saltaría al cuello para abrazarlo. Porque, después de todo, le debo la infinita dulzura en este momento.

Se separaron, después de haber convenido que se verían diariamente. Pero hasta el día del matrimonio, Pascualina no dejó á su padre comer solo una vez siquiera.

— De los tres, es el más digno de lástima, decía la muchacha á su futuro.

Y era verdad; Maugrabin sufría cruelmente. En todo veía sus teorías vencidas por las realidades. Nadie cuidaba de copiar su Building, que seguía con tres pisos sin alquilar. ¡Y su hija se le escapaba para hacerse francesa! Pero disimulaba, poniendo un orgullo estoico en seguir el programa que él mismo se había trazado. Pascualina tuvo carta blanca para su ajuar, que compuso como el de una burguesita. Cuando Maugrabin pagó las facturas, no pudo contener un gemido.

— ¡Si me hubiesen profetizado, hace dos meses, que el casar á mi hija me costaría seiscientos miserables dólares!..

Tuvo que hacerla pensar en llevarse sus ricos diamantes.

— Algún día celebrarás el poderlos vender, le dijo el padre.

— ¡Nunca! Son un recuerdo de usted y del tiempo feliz en que usted me quería.

¡Yo te sigo queriendo!

— A medias, nada más, puesto que no quiere la otra mitad de mí misma. ¿Qué tiene usted que decir de Emilio? ¿La libertad no existe también para él?

— Candiac era mi socio, y un socio no es libre de abandonar el negocio que debe sostener un día. ¡Y ese hombre cree ponerme en ridículo quitándome á mi hijal.. ¡Al freir será el reir!

(Continuará.)



**MONUMENTO ERIGIDO EN TURÍN**

á la memoria del príncipe Amadeo de Saboya, duque de Aosta

Hace poco se ha inaugurado en Turín el grandioso monumento erigido á la memoria del que fué rey de España D. Amadeo I, príncipe de Saboya y duque de Aosta. Esta obra del eminente escultor italiano David Calandra álzase en el parque de aquella ciudad, y se distingue no sólo por la perfección de su modelado, sino que también por la expresión de la estatua del príncipe y por la vida y el movimiento de los distintos grupos escultóricos que lo componen.

El autor ha representado al noble Amadeo en el momento en que al frente de sus tropas dirige la famosa carga de Monte Croce, y ha sabido imprimir en la actitud del príncipe el arrojo y la bravura de que dió muestras en aquella memorable jornada.

Notabilísimos son también los altos relieves en que están representados en fantástica cabalgada los más ilustres príncipes de la casa de Saboya: Humberto, el fundador de ésta, Pedro I, Amadeo V, Amadeo VI, el príncipe Eugenio, Víctor Amadeo II, Fernando de Génova y Víctor Manuel, el creador de la unidad italiana. Todas las relevantes cualidades de aquella dinastía, aparecen admirablemente personificadas en estos relieves.

En la cara anterior del monumento, un árbol genealógico, del que pende el escudo de España, indica el corto reinado de D. Amadeo en nuestra patria.

Alrededor del pedestal corre una inscripción que dice: «Héroe por el ideal y á ejemplo de sus antepasados, noble y bondadoso, tan grande en el sacrificio como en la dignidad.»

La estatua ecuestre tiene unos cinco

metros de altura, pesa 5.500 kilogramos y ha sido admirablemente fundida en bronce en Turín por la casa E. Sperati. La longitud total de los altos relieves es de 28 metros y su altura de cinco. — X.



MONUMENTO ERIGIDO EN TURÍN á la memoria del príncipe Amadeo de Saboya, duque de Aosta

**EL TATUAJE**

El tatuaje, como es sabido, está muy generalizado entre muchas tribus del Pacífico y es frecuente también entre los marinos y los presos. Hállase asimismo muy extendido en una parte de la aristocracia británica. De estos hechos podemos deducir que esta costumbre se encuentra en las más diversas clases sociales. Las razones que mueven á los marinos, á los criminales y á los grandes señores á tatuarse son muy varias, si bien en general puede señalarse como una de las principales el deseo de singularizarse.

También entre los salvajes son diversos los móviles que les impulsan, siendo uno de ellos el sentimiento religioso: tal sucede en distintas islas de la región indo-pacífica y en particular en las islas de Nada, cerca de Nueva Guinea. Allí, la mayoría de las mujeres llevan en una gran parte de su cuerpo tatuajes con dibujos angulares y en las piernas con dibujos concéntricos.

Esta rara costumbre procede de que, según la teología local, las almas de los difuntos van, después de la muerte, á una isla vecina, pero para llegar á ella han de pasar por encima del cuerpo de una gran serpiente de mar; pues bien, esta serpiente no deja pasar las almas sino á condición de que éstas les abandonen su tatuaje, lo que ellas hacen de buen grado. Una vez cerrado el trato, la serpiente se cubre con el tatuaje y luego se estira y se ensancha, pudiendo entonces el alma caminar con seguridad por encima del animal, que le sirve de puente. Si el alma no estuviera tatuada, la serpiente se reduciría á las dimensiones de un hilo y aquélla caería al agua. — R.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

**AGUA LÉCHELLE**

**HEMOSTÁTICA**

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**Jarabe Laroze**

**DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las *gastritis*, *gastraljias*, *dolores y retortijones de estómago*, *estreñimientos rebeldes*, para facilitar la *digestion* y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

**JARABE**

**al Bromuro de Potasio**

**DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del *corazon*, la *epilepsia*, *histéria*, *migraña*, *baile de S-Vito*, *insomnios*, *convulsiones* y *tos* de los niños durante la *denticion*; en una palabra, *todas las afecciones nerviosas*.

Fabrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>o</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Depósito en todas las principales Boticas y Droguerias

Venta annual de los Productos Nestlé  
39 millones de botes.

Harina Lacteada

**NESTLÉ**



ALIMENTO COMPLETO  
para Niños y Viejos.

Contiene la Leche pura de Suiza.

Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD** Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

**CÉSAR Y MINKA** CASA DEDICADA A LA CRIA Y VENTA DE PERROS DE RAZA

**ZAHNA (Prusia)**



Proveedores de S. M. el emperador de Alemania, S. M. el emperador de Rusia, del gran sultán de Turquía y de muchas cortes imperiales, reales y principados, etc., premiada con medallas de oro y plata de Estados y Círculos,

recomiendan:

**LEGÍTIMOS PERROS DE RAZA**

de todas clases (perros de lana, guardianes, de lujo, perros caseros, de caza y falderos), desde el gran dogo de Ulm y de montaña hasta el pequeño perro de salón.

Gran catálogo ilustrado con nota de precios franco y gratis.

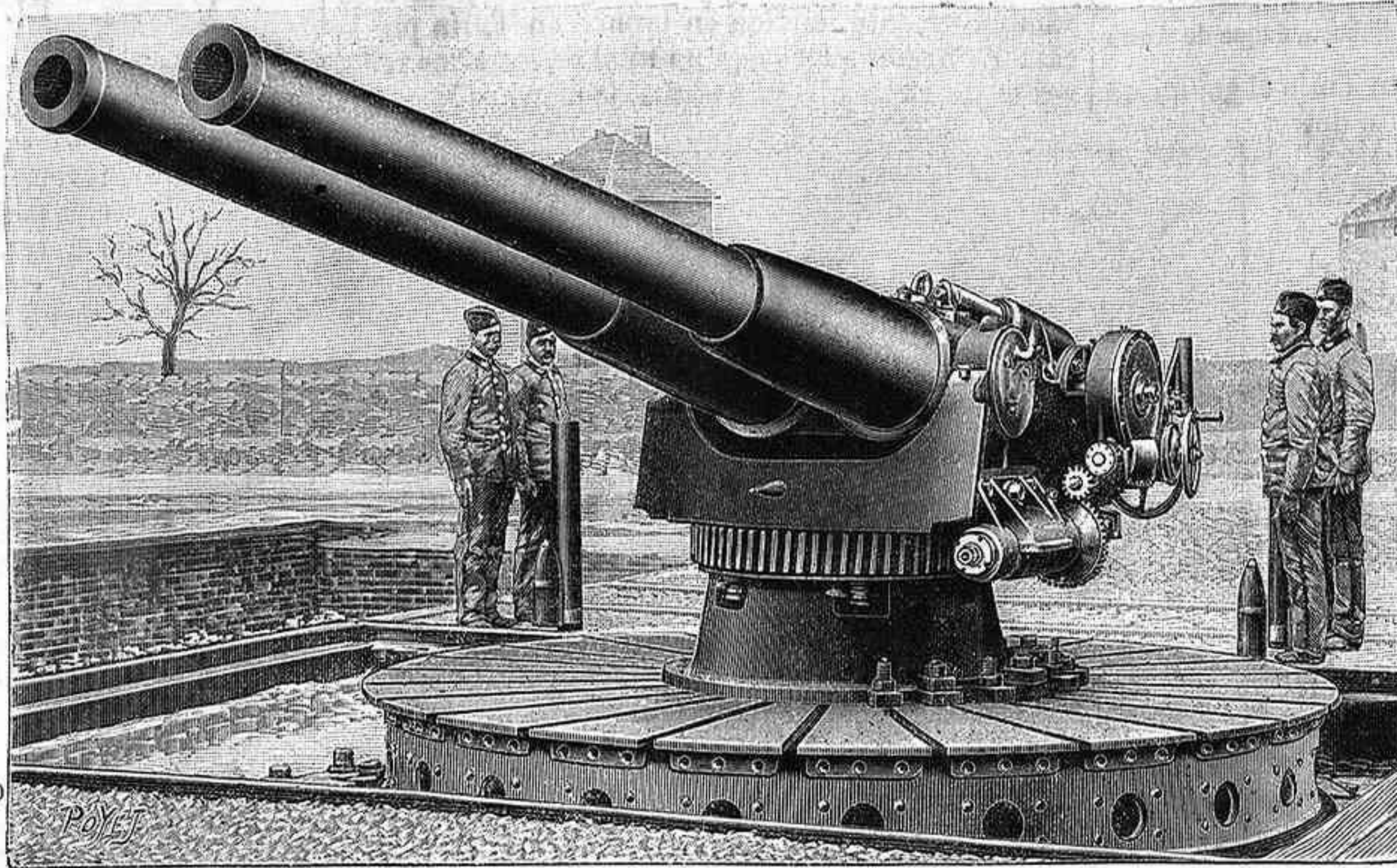
Grande y permanente exposición propia en la estación de ferrocarril en Zahna.



LOS CAÑONES GEMELOS

El interés de economizar peso en los buques de guerra ha inducido á MM. Schneider y C.<sup>a</sup> á construir un sistema de artillería que permite disparar dos cañones sobre una misma cureña: así resulta que las dos piezas ocupan el menor espacio posible, y pueden, por consiguiente, colocarse en una torrecilla de dimensiones mínimas y bajo una sola cubierta. Estas ventajas no son únicas, sino que hay otra de importancia más considerable. Los dos cañones están montados, en efecto, en un mismo manchón en acero, y así asegurados, necesitan una sola puntería.

Los «cañones gemelos» son del calibre de 0'15 metros. De una longitud de



CAÑONES GEMELOS DE 15 CENTÍMETROS, sistema de MM. Schneider y C.<sup>a</sup>

ánima de 42 calibres, pesa cada uno 4.700 kilogramos y lanzan un proyectil de 40 kilogramos á la velocidad de 740 metros. Están provistos de un cierre de culata de caracol á un solo movimiento, y la disposición adoptada permite disparar uno solo ó los dos cañones á la vez. Merced á los frenos, el retroceso es de 0'375 metros. El volante que dirige la puntería á lo alto está colocado al alcance del artillero, lo mismo que el que maniobra para la puntería directa.

Con el sistema de cañones gemelos que MM. Schneider y C.<sup>a</sup> han ideado se obtiene una grande economía en el peso disponible á bordo y permite aumentar en notables proporciones la eficacia del tiro.

**PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
**EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B<sup>n</sup> BARRAL**  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
**DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.**

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTACION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTACION.  
**EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.**  
 Y LA FIRMA DEL BARBE DEL DR. DELABARRE

**ENFERMEDADES DE ESTOMAGO**  
**PASTILLAS y POLVOS PATERSON**  
 en BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**AVISO Á LAS SEÑORAS**

**EL APIOL DE LOS SEÑORES JORET-HONOLLE**

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS

M<sup>ta</sup> G. SEGUIN - PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**PUREZA DEL CUTIS**  
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Conserva el cutis limpio y terso.  
 PARIS, 40, Rue Bonaparte

**LA SAGRADA BIBLIA**  
 EDICIÓN ILUSTRADA  
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**PILDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro Inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.  
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**PILDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro Inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PILDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro Inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**VINO NOURRY**

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de **ANEMIA DEBILIDAD LINFATISMO y ENFERMEDADES del PECHO**

Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS - y en todas las Farmacias.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVOIRE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN